

DANIELA CORZO PRADO



ALTER
EGO

Alter ego

Daniela Corzo Prado

Título: Alter Ego

© 2020, Daniela Corzo Prado 1ª edición

Edición por Julián García Todos los derechos reservados Thriller psicológico-susense

*Para todas las madres guerreras que conozco, en especial
para la mía.*

SINÓPSIS

Ella nunca pensó que escribir una historia desencadenaría los más sanguinarios crímenes en la tranquila ciudad donde reside.

Es solo una historia, ¿verdad? Se suponía que no dañaría a nadie. Pero ahora hay un asesino suelto imitando al villano que ella misma dio vida.

Bea siempre supo que tenía un lado oscuro y creyó inocentemente que al plasmarlo en papel y tinta todo acabaría; pero no, ese fue solo el inicio.

Ahora su mundo se ha derrumbado, su carrera, su cordura, su hija, todo corre peligro. La única forma de detener al asesino es adentrándose en lo más oscuro de su mente.

¿Logrará detener al monstruo que lleva adentro o al hacerlo solo causará más destrucción?

EPIGRAFE

“Veía todo blanco y negro donde los demás veían colores. El amor lucía gris y la compasión me sabía amargo. La oscuridad era el imán hacia mi propia destrucción. Extendiéndose hacia la destrucción masiva de los que me rodeaban.”



Murmullos.

*Sonidos leves provocados
por la gente “nada
discreta” intentando
parecer discreta.*

*El inicio de un temblor
amenazante, capaz de
provocar un terremoto.*

La escuela es una guerra para los niños, de donde muy pocos salen intactos. Lo que los niños ignoran, es que también lo es para las madres. Una oportunidad constante de demostrar quién es la mejor madre.

La más abnegada, la que siempre resalta en los proyectos escolares, la que manda a sus hijos las loncheras más nutritivas, la que tiene cinco hijos y nunca descuida lo más mínimo de su apariencia. La más afable, quien se lleva bien con los maestros, la presidenta del consejo de madres que siempre está al tanto de los últimos avances para garantizar la seguridad de los niños. La más cariñosa, atenta, colaboradora, que siempre está un paso más adelante que las demás.

Pero, ¿quién es la peor de todas?

La que llaman abusiva, cuyos hijos dibujan barbaridades en la clase de arte. La más desinteresada, que siempre recoge a sus hijos de última o que se olvida de que cumpla con sus tareas. La más inestable, cuya apariencia física siempre está descuidada.

Y en aquellos momentos, para el resto de las madres yo era la peor. Escucho sus murmullos a mí alrededor, me detengo y giro lentamente la cabeza, pero nada pasa, nada más que el viento. Lo único que escucho es la voz de mi hija, suave y dulce como la melodía de un violín.

— ¿Mami? —le sonrío, parece haber aparecido a mi lado desde hace mucho. Sin embargo, yo acabo de notarla. Odio hacer eso. Quitarle importancia a su presencia cuando es lo único que me importa.

—Nada, cariño. Vámonos a casa.

Nací para ser una madre. Y es que nunca tuve una por completo. Gretel fue solo carencias; nunca afecto, nunca bondad, nunca abnegada maternidad. Se limitó a existir, a observarme criarme sola. Por supuesto, no soy la madre perfecta y todos me lo repiten, mi ex esposo me lo decía. Sin embargo, amo a mi hija como solo una madre siente el amor y eso nadie en el mundo puede negarlo.

Lizzie es una niña de 8 años, dulce, amable, y creativa, que nunca duda para mostrarse atenta con los demás. Al detenerme a ver sus cualidades comprendo que algo debo estar haciendo bien con su crianza. Aunque, a veces me sorprende la adultez que veo en sus palabras, cuando me sorprende con una frase que solo alguien mayor comprendería, o con una mirada de disgusto por algo que una niña no debería disgustarse. Mi falta de completa lucidez, debido a lo que está sucediendo, la está

comenzando a afectar obligándola a crecer muy rápido. Daría lo que fuese por detenerlo.

A mi lado un grupo de madres hace silencio conforme paso y me alejo dejando sus murmullos encendidos. Ellas lo saben también, ya debe saberlo toda la ciudad. Es como dicen: *“Pueblo chico, infierno grande”*. Estoy acostumbrada a los murmullos a mi espalda, son parte de mi rutina desde hace meses cuando mi libro se convirtió en el Best Seller el año; pero ahora estos no están cargados de admiración, solo de desprecio.

— ¡Mira, mamá! ¿No es ese papá?

Lo primero que distingo es el auto. Un precioso Ferrari rojo que solo podría ser de un gallardo hombre como William Davis. Este se encuentra de espaldas a nosotras pero al oír la voz de Lizzy gira para mirarnos.

Mi cuerpo reacciona tensándose ante su mirada audaz y penetrante. Es un hecho, hay cosas que ni el tiempo las pueden cambiar.

— ¡Es el tío Will!

Lizzy suelta mi mano y va hacia su encuentro. Me veo obligada a hacer lo mismo y llego hasta él.

William le da un abrazo frío a mi hija para concentrarse en mí. Viste un traje impecable como suele llevar, su cabello azabache peinado hacia atrás y su inquieta sonrisa.

— ¿Cómo estas, Beatrice?

Bajo la mirada un instante recuperándome de la impresión que me ha acusado verlo.

—Entonces, ¿sigues haciéndole recados a tu hermano? —
Consigo decir por fin.

—Favores, nunca recados. Favores que cobraré después.
—Me sonrío de lado y mi cuerpo vuelve a responder bajando mis defensas. Cruzo los brazos en mi pecho para intentar protegerme.

— ¿Habrá algún día en que sea él quien recoja a su hija?
Si en serio quiere verla debería tomarse el tiempo de...

—Mami... —Me interrumpe Lizzy.

Miro sus ojos verdosos e intento calmarme por ella. No quiero ponerla en medio de otra escena, ya es suficiente con la atención que ha de estar recibiendo en la escuela.

—Mami, ¿puedo quedarme a dormir hoy con papá? Me prometió llevar a Katy para que juegue conmigo.

Katy, claro. Su hermanastra. En otro caso me rehusaría pero no quiero arriesgarme a lucir celosa de la perfecta familia de mi ex esposo delante de William.

—Está bien, cariño. —Me inclino y reviso su mochila.

¿Tienes todo aquí? ¿Tu cepillo de dientes...?

—Si mami, traigo todo. Cepillo de dientes, ropa de cambio, cuaderno para hacer las tareas, mi saca mocos. Incluso mi detector de mentiras. —golpea su cabeza.

Río ante la gracia de mi pequeña. Por lo menos ella sabe cómo eliminar la tensión.

—No te preocupes mami, estaré bien. Y prometo pedirle a papá que me traiga mañana temprano para saludarte antes de irme a la escuela.

—No es necesario, cariño. —le digo con dulzura. No me gusta hacerla sentir que debe estar en medio de nosotros todo el tiempo, intentando compensarnos. Es lo peor de tener padres divorciados —. Pásala bien.

Lizzy se lanza a mis brazos y me da un inocente beso en los labios.

—Te amo, mami —Me susurra al oído—. Y trata de no enfadarte mucho con mi tío, él solo hace lo que papá le dice.

Nuevamente me sorprende la facilidad que tiene para entender las cosas mejor que una niña de su edad.

—Así lo haré, cariño.

Mi hija entra en el auto y William cierra la puerta. Antes de entrar también me da un repaso con la mirada. Agradezco llevar pantalones y no haber optado por mi falda de terciopelo.

—No respondiste mi pregunta.

—Estoy muy bien. —Le digo intentando no titubear.

—He leído los periódicos. — Eleva una ceja—. Ya sabes... Acerca del "*Asesino del bisturí*". No sabía que esa clase de cosas podían pasar por tu mente.

—No tienes idea de lo que pasa por mi mente.

Al cabo me doy cuenta de lo que podría significar aquello me sonrojo.

—Quiero decir... No es lo que todos piensan. Yo...

—Entiendo Bea, soy abogado. Sé cómo lucen los psicópatas y tú no eres una. Me abstengo de responder y solo afirmo.

—Sabes que si necesitas que te asesore con algo estoy a solo una llamada. No quiero que pienses que por lo que pasó esa noche yo no soy una opción. Te ayudaría con mucho gusto. Adoro a mi sobrina y no me gustaría ver que sufra.

Me sonrío y entra en el auto. Sus palabras me han vuelto a paralizar. Ni siquiera creía que recordaba aquella noche. Siento que la respiración se me corta pero me las arreglo para inclinarme en la ventanilla y hablarle.

—Espera, William.

El vuelve a mirarme esta vez con las gafas de sol puestas.

— ¿Si?

—Yo... No tengo tu número de teléfono.

—Claro.

Vuelve a sonreír y busca en su billetera.

—Aquí tienes.

Me entrega su tarjeta y enciende el auto.

—Adiós, mami.

Se despide una emocionada Lizzy.

Me quedo en el pavimento, sintiéndome más sola de lo que me he sentido jamás. Entonces las palabras que solía decirme mi madre regresan a mi perturbada mente: *“Estas jodida Bea. Estas jodida y nadie en el mundo podrá tolerar eso”*.



Reputación.

Se dice de la opinión que tienen las personas acerca de un individuo o cosa, basados en acciones cometidas en el pasado.

Tu reputación puede engrandecerte o destruirte.

Odiaba quedarme sola en aquel pequeño departamento. La soledad invocaba a mis demonios. Y mis demonios disfrutaban de esa soledad.

No siempre fue así. Cuando era niña me encantaba la soledad, era entonces donde se me permitía ser creativa. Pero la creatividad puede ser tanto un regalo como una maldición. Todo depende de cómo decidas usarla. Yo erre con mi decisión.

No intento culparme por lo que mi imaginación creó, después de todo ¿de dónde proviene esa imaginación? Proviene de tus propios recuerdos.

25 años atrás...

Gretel está en el espejo otra vez. Formándose bucles y tiñendo sus cejas de un marcado negro. Hago una mueca

y ella me observa por el rabillo del ojo.

—No hagas esos malos gestos Bea, sabes lo poco que me gustan. Si sigues haciéndolos cuando crezcas se marcaran en tu rostro, y créeme no es nada lindo.

— ¿Saldrás de nuevo?

Gretel gira la cabeza y me reprocha con la mirada.

— ¿Recuerdas lo que te dije ayer?

—Sí, que papá no mando dinero este mes y tú debes conseguirlo.

—Pues bien entonces deja las preguntas.

— ¿Pero porque tienes que conseguir el dinero tan tarde? A mí me da mucho miedo dormirme sola. Las madres de las otras niñas solo salen en el día.

—Las madres de las otras niñas tienes recursos de los que yo carezco. Y ahora por favor anda a la cama. No necesito majaderías ahora o estaré de mal humor en el trabajo.

La observo ponerse el lápiz labial y ajustar sus zapatos altos. Cuando se levanta la mini falda se le sube hasta los muslos y solo pienso: ¿Qué clase de trabajo necesita de esconder una navaja entre sus caderas?

En la actualidad El sonido del teléfono me saca de mi ensoñación y me apresuro en contestar. El cuello se me ha entumecido por quedarme dormida en aquella incómoda posición. El sol comienza a salir de su escondite nocturno.

—Diga. [Sonido de respiración agitada]

—Bea, necesito que vengas a mi oficina ahora mismo.
[Voz de hombre alterado] Aquella es la voz alarmada de mi

editor. Rick Manson, un hombre obeso cuya presión en el mundo editorial le ha regalado una joya de carácter que solo una mujer tan paciente como su esposa aguantaría, y clientes atados a un contrato como yo se ven obligados a soportar.

Lanzo un suspiro y voy a su encuentro.

Cuando llego a la editorial todo está hecho un revuelo. Hay gente haciendo llamadas por doquier y el sonido de la impresora llena todo el ambiente.

Rick me pide entrar en cuando me ve.

—Cierra la puerta al pasar, por favor.

Su voz es demasiado seria para mi gusto. Entro y me siento en su delante.

—Dime ya, ¿Qué sucede?

— ¡Oh Bea! —Se sienta frente a mí. Me siento como si estuviera en la habitación de Gretel nuevamente, regañándome por hacerle malos gestos. —Cómo nos equivocamos.

— ¿Acaso...? —la boca se me seca al sin desear preguntar lo que debo preguntar—. ¿Acaso hubo otro?

Por *otro* me refiero a asesinato. La mirada de Rick lo dice todo.

—Así es. Una mujer de un promedio de 40 años. Fue encontrada muerta en el basurero de una clínica quirúrgica.

Me cubro los labios y suelto una palabrota.

—No puede ser. Esto se nos está saliendo de control. Con ésta ya van tres muertes en lo que va del mes.

—Lo sé, lo sé y tenemos que hacer algo. Nunca supe de un libro de ficción que cobrara tales daños. No desde *Rabia* de Stephen King.

— ¿Propones sacar el libro del mercado?

Rick pasa los dedos por su cabello desesperadamente.

—Ahora mismo la policía está ejerciendo demasiada presión sobre la editorial, lo más conveniente sería hacerlo. Pero a la vez...

— ¿A la vez?

—Este es el mejor libro que hemos tenido en el mercado. Desde el lanzamiento de *Vanidad* nuestras

ventas se han triplicado. No concibo pensar en perder todo aquello. Dime tu Bea, ¿estarías dispuesta a renunciar a tu éxito?

Por supuesto que no me sorprende que él no quiera hacer aquello. Para Rick Manson lo más importante son las ventas y la popularidad, y esto le da una publicidad gratuita que más le valdría aprovechar.

—Por la paz y la tranquilidad de esta ciudad, la mía y la de mi hija lo estaría. Rick afirma, se ve terriblemente abatido cuando lo hace.

—Es solo que hay algo más.

La preocupación que detona sus palabras me dice que la situación es más grave de lo que aparenta.

Respiro hondo y me preparo para lo que tengo que oír.
—Pretenden acusarte de Homicidio Involuntario.



*Vanidad.
Sentimiento
egocéntrico en el que el
individuo se sobre preocupa
por ser admirado por los que
lo rodean, anteponiéndolo
ante todo lo demás.*

La vanidad es la madre de todos los defectos.

“*Vanidad*” fue el proyecto más ambicioso de mi vida. Nunca pensé que podría ser capaz de desnudar esa parte de mi yo interior que luchaba por salir a flote. Me repetí muchas que las voces en mi cabeza eran solo mías y que nadie debía poder escucharlas, que eran un peligro. Sin embargo caí en la tentación y ahora pago las consecuencias.

Al inicio, cuando publique la novela pude ver que obtenía una respuesta positiva en las personas. El rechazo a la vanidad, la congruencia con la aceptación de sí mismos. Narrados desde una perspectiva siniestra atrapante para el lector. Pero ahora, siento la fiereza del rechazo y este trae consigo la culpa y la aflicción.

Al día siguiente recibo la llamada de Rick que me haría recuperar el control.

—Tranquila Bea, ellos no pueden enjuiciarte por eso. [Voz de hombre calmada]

— ¿Estás muy seguro? [Suspiro de alivio]

—Es impropio. ¿Pueden culpar a todas las niñas del mundo por querer ser cenicienta? [Sonidos de llamadas y movimiento de papeles]

Frunzo el ceño ante el espejo pero quito el gesto de inmediato, la acción ya se me hace innata.

—Aquella es la peor metáfora que he escuchado. [Risa de hombre al otro lado de la línea]

—Escribiste ficción, Beatrice. El caso no tiene un fundamento. A menos que se pruebe que te basaste en hechos verídicos para escribir la novela. Lo cual está muy claro no es así. Por ahora, aprovechemos al máximo el éxito que estás teniendo. Te harás rica Beatrice, rica. Y si tengo suerte, yo también. [Voz excitada de hombre]

—Sí, supongo tienes razón. [Voz resignada de mujer]

Si tan solo supiera que todo es más real de lo que aparenta.

—Debo colgarte, tengo que ver a alguien. Te lo prometo Bea, esto es una bendición más que una maldición [Sonido de una máquina de escribir]

“Olvidas el hecho de que hay mujeres muertas y que puede que haya más corriendo peligro ahora”, evito decirle.

—Será mejor que cuelgue o se me hará tarde.

—Está bien... gracias. [Pitido de fin de la llamada]

Me quedo mirando el teléfono, perturbada por el hecho de que evidentemente hay un caso precedente en mi contra.

Luego me encierro en el baño y me quito los lentes de contacto. Parpadeo seguido aclarando mi visión. Hay un espejismo de mujer. No la reconozco, sin embargo hay cicatrices imposibles de borrar.

Gretel me rechazaba por ellas.

Incluso mis ojos, anormales e imperfectos debían ser ocultados. Poseía *heterocromía*¹ parcial en uno de mis ojos, lo que provocaba que se vieran de distintos colores. Gretel, la imagen de la vanidad, insistió en que usara lentes de contacto desde que cumplí 8 años, la edad de Lizzie. Detestaba que la gente

¹ *Heterocromía: Es una anomalía de los ojos en la que los [iris](#) son de diferente color; también puede llegar a afectar a la piel o el cabello, pero el caso más común es en los ojos, total o parcialmente.*

notara esa imperfección en mí. Decía que si iban a señalarme sería porque me consideraran superior, nunca peculiar.

Gretel me obligaba a observarme en el espejo cada noche y enumerar mis imperfecciones.

—Ojos asimétricos, nariz puntiaguda, labios delgados, busto plano, caderas demasiado anchas.

Recitaba de memoria. Y cuando Gretel comenzó a ganar dinero suficiente para permitirnos una vida de despilfarros vio mis particulares defectos como particulares defectos con una solución.

—No mamá, no puedo hacer eso... -observo a la yo de 17 años negando compulsivamente en el lavadero.

Aun así ella insistía.

—Bea, ¿no ves que intento hacerte un bien?

—Pero no quiero.

—No tengas miedo, yo me lo haré también.

Me toma de los hombros y me obliga a levantarme.

—Mira esos pechos Bea, no son los pechos de una mujer. Son los de una niña de 12 años. Si luces así, nadie te querrá jamás. ¿Y sin un marido que será de ti? Tampoco eres muy inteligente.

—No es verdad —la desautorizo—. Mi profesor de literatura dice que soy hábil para la lectura.

— ¿Y eso qué?, ¿Conseguirás darnos de comer con leer libros? Bea, hazme caso. Y lo hice.

Hasta el día de hoy tengo pesadillas. Mi subconsciente no ha dejado ir ese día.

Me hice la operación, mis senos quedaron fenomenales, los chicos comenzaron a lloverme. Y empecé a verme a mí misma como la zorra de la escuela. Era eso lo que estaba destinada a ser. Después de todo tuve a la mejor maestra.

Sin embargo, había algo que mi madre no sabía. Aquella cirugía, aquel día en el quirófano sentí miedo como no lo había sentido jamás, y mi miedo fue justificado con los sucesos que proseguiremos a esa temible infamia.

Escucho el timbre de la entrada y me apresuro en recibir a Lizzy.

—Mami, te extraña.

Se lanza a mis brazos y me llena el rostro de besos. Detrás de ella se encuentra Paul, mi ex esposo. Me saluda por la ventanilla del auto y luego desaparece en el camino.

—Cariño, cuéntame. ¿Cómo te fue?

—Fue estupendo, mami. Papá me llevo al parque de diversiones y ganó este oso para mí —Me muestra el oso de peluche y por un momento mi corazón se detiene imaginando sus ojos heterocromáticos.

—Mami, ¿qué le pasa a tus ojos? Me giro de golpe.

—No es nada cariño, solo olvide mis lentes de contacto.

— ¿Porque tus ojos son de distintos colores? Volteo y me inclino a su altura.

—Un simple defecto de nacimiento. Nada que un poco de camuflaje no cubra. Lizzy me acaricia el rostro y observa mis ojos con atención.

— ¿Por qué lo ocultas? A mí me parecen fenomenales. Eres la mamá más linda del mundo.

Entonces mi mente regresa a ese día, en el quirófano. Con el doctor Corney y su pedófila personalidad. Me toquetea los senos mientras la droga hace efecto y me sonrío con un aire siniestro: “Eres la chica más linda del mundo”, me dice antes de que caiga sedada.

IV

Justicia.

*Acción que nos conduce
a obrar para realizar un
bien ante un acto
maligno, que ha causado
un daño.*

*La justicia impartida por
las propias manos
a veces trae más
consecuencias
negativas que
positivas.*

*Puede ser el motor para la
destrucción masiva.*

Después de la cena recuento a Lizzy y ella me pide que le narre su cuento preferido, “La Princesa Vanidosa”.

Inventé ese cuento cuando tenía aproximadamente su edad, 10 años. Gretel fue mi mayor inspiración.

Tenía 18 años cuando un policía se apareció en casa para decirme que mi madre estaba muerta. No fue una muerte casual, ella fue asesinada por su cirujano. El doctor fue capturado y condenado por el hecho, sin embargo su

atrocidad permanecería en mi mente por siempre. Me ayudó a crear a mi propio

asesino, una especie de justiciero macabro que intentaba poner en marcha la moraleja que mi mente había empezado a crear muchos años atrás.

—Mami, empieza ya.

Se cubre con la sábana hasta el pecho y me mira con un brillo expectante. Me recuesto a su lado observándola, adoro predecir el momento exacto en el que se quedará dormida.

—“Había una vez, en el reino de Cristalina, un majestuoso palacio. Habitado por el Rey Calamides y su deslumbrante hija Scarlett. La princesa era de lejos la dama más hermosa, incluso comparada con las damas que habitaban los reinos próximos y lejanos. Es así que conforme iba creciendo se hacía más codiciada por cada caballero que se atrevía a posar sus ojos en tan bella criatura.”

“A sus 15 años había producido los avariciosos deseos de una decena de hombres que aparecían día tras día en las puertas de palacio para ofrecer sus mayores tesoros con tal de tenerla. El rey, cargado de celos, había decidido capturar a su hija única en palacio para impedir así que tales caballeros pudieran seguir prendados de su belleza.”

“La princesa se asomaba a su ventana cada mañana para saludar a los hombres que imploraban entrar, disfrutando de las palabras de deseo que le dedicaban sus admiradores, las cuales alimentaban su flamante ego.”

Lizzy abre sus enormes ojos chocolate, capturada por mis palabras, inmersa en el mundo de la princesa Scarlett.

—“Llegaron fríos y escasos tiempos, en los que es carecía la leña y el oro. Las fogatas en el palacio no bastaban para calentar los huesos de los habitantes, y el dinero no alcanzaba para comprar armaduras a los soldados del reino”.

—“Cierta día, un feo pero valeroso ogro llegó a las puertas de palacio, se abrió paso entre los flamantes caballeros y golpeo tan fuerte que el sonido de su puño se hizo escuchar por los pasillos de palacio hasta llegar a los oídos del rey: ¿Quién osa irrumpir la tranquilidad de mi reino?, pregunto enfadado. “Me llamo Omelot, soy el ogro del bosque y vengo a pedir la mano de la princesa”, le respondió el valeroso ogro. ¡¿Cómo te atreves?! Tú, un ogro inmundo, ¿casarte con mí amada hija? La dama más hermosa de todos los reinos”. El ogro le muestra al rey todo

lo que pretende ofrecerle. “Si me das la mano de tu hija abasteceré tu palacio con joyas que yo mismo he confeccionado, elaboraré armaduras de hierro para tus caballeros, vestiré a tus damas y a tus caballeros con pieles de cordero, y tendrás toda la madera del bosque que yo mismo cargaré”. Los ojos del rey se abrieron con codicia y con un movimiento de cabeza acepto la propuesta del ogro”

— ¿Y la princesa? ¿Qué dijo ella? —Me preguntó una excitada Lizzy.

—No comas ansias Lizzy.

Mi hija lanza un suspiro que hace agitar sus labios.

“Al enterarse la princesa Scarlett de la decisión del rey se llena de aflicción y arma un plan para escapar de las garras del ogro. A la mañana siguiente despertó muy temprano y esperó a que el primer caballero llegue a las puertas de palacio. El caballero era fuerte y apuesto como ninguno, se llamaba Mancelor. La princesa quedó encantada con él apenas lo vio. Lanzó un pañuelo blanco por su ventana y el caballero corrió a su encuentro. “Oh lady Scarlett, que gran honor tienen mis ojos de ver tal gracia y encanto”. “¡Oh dulce caballero!, exclamó la princesa mostrándose dócil ante sus palabras. “¿Qué sucede Lady Scarlett?, ¿acaso alguien ha osado a ofenderla?”. “Algo mucho peor”, le respondió la princesa. “Pídame lo que desee”, le responde el caballero. “Y yo se lo concederé”. Como es de esperarse la princesa le pide escapar y a cambio le promete ser suya para siempre. El

caballero, llevado por la codicia hacia tal hermosa dama, acepta el trato. Ponen en marcha el plan al llegar la noche, el caballero se enfrenta valientemente a los guardias y huye con la princesa internándose en el bosque.”

“La guardia real los persigue, el caballero sube a la princesa en su caballo blanco y le promete encontrarla en el reino próximo luego de luchar con los soldados del Rey Calamides. La Princesa Scarlett cabalga hasta el reino próximo y encuentra un palacio. Toca las puertas, desesperada por cobijo, y al no recibir respuestas se queda dormida en la entrada. Se despierta con el sol en el rostro y una mano agitándola. Cuando abre los ojos encuentra al ogro delante de ella vestido como un rey, asustada se aparta de él. “Princesa Scarlett, no tema. Soy Omelot, su prometido. Entre a mi palacio, desde ahora como prometida mía todo lo mío será suyo”. “¡Nunca! No seré la prometida de un ogro horrible y asqueroso

como usted. Prefiero la muerte!", declara la princesa. "¿La muerte dice? Podría tenerlo todo, ¿prefiere despreciar la mejor de las vidas por su vanidad?". El ogro, dolido y furioso entra en su palacio dejando a la princesa helándose hasta el anochecer".

— ¿Ella murió? —me pregunta Lizzy con un puchero. Llevo un dedo a mis labios y le hago un signo de silencio.

—*"La princesa toco y toco sin que nadie le responda, paso mucho tiempo, horas, días y meses. Sus dedos estaban congelados, sus piernas inmovibles. Cayó moribunda al suelo. Entonces, la puerta se abrió. El más atractivo de los caballeros salió de palacio. "Mancelor", lo llamo la princesa. "Ayúdame", le suplico. "No puedo ayudarla, princesa. Usted rechazo mi ayuda cuando se la ofrecí. Ya no puedo hacer nada. Morirá congelada, y toda su belleza habrá sido en vano. Si tan solo me hubiera aceptado como ogro yo le hubiera dado todas mis riquezas. Hubiera sido la más hermosa y dichosa de las reinas. Pero, ¿de qué sirve la belleza si no se tiene humildad? Es como caminar sobre oro sin poder tocarlo". La princesa, desesperada cae de rodillas ante él y suplica: "Perdóneme Omelot, desde ahora no seré más la dama arrogante y vanidosa que soy. Seré la más humildes de las damas". "Me temo que ya es tarde, lo que no florece con el día, se marchita por la noche". Y adentrándose de nuevo en palacio dejo el cuerpo de la princesa secarse hasta convertirse en una estatua de hielo. Incluso ahora, todo*

aquel que la ve queda prendado de su despampanante belleza”.

Observo la expresión de mi hija, parece profundamente conmovida con la historia.

— ¿Eso pasó de verdad?

—No lo sé, es una leyenda —le dijo sin explicarle que invente esa historia para aleccionar a mi madre, la cual murió por culpa de su vanidad, al igual que la princesa.

Lizzy lanza un enorme bostezo.

—Yo no quiero ser como la princesa. Quiero ser humilde y que no me importe el fisco. Bueno, tampoco me hubiera agradado un ogro como esposo pero tampoco lo hubiera tratado tan mal. Creo que le hubiera dado una oportunidad.

—Eso es muy sabio de tu parte —Le digo orgullosa. Me inclino y le doy un beso en la frente-. Ahora duerme, la niña más hermosa del reino se merece descansar.

—En mi escuela hay muchas niñas como Scarlett, ojala algún día aprendan la lección como lo hizo la princesa. Aunque claro no tan tarde.

—Eso espero mi niña —le sonrío.

Lizzy vuelve a bostezar y cierra los ojos antes de dejarme helada cuando susurra: —Quizás yo pueda aleccionar a alguna.

Cuando llego a la sala el teléfono comienza a sonar como si adivinara mi presencia. Pero no es así en absoluto, parece una de muchas llamadas porque el emisor opta por dejar un mensaje.

—Señora Taylor, soy el detective Cordey. Llamo para pedirle su colaboración en la investigación acerca del “Asesino del Bisturí”. ¿Podría venir a mi oficina mañana? Es...

Cojo el teléfono antes de que el mensaje termine.

V

Repercusión El efecto o consecuencia de una Influencia u acción. No importa la transparencia de las intenciones humanas, las repercusiones pueden ser como una bomba atómica, a punto de explotar.

—Señora Bea Taylor, mi nombre es Gapson Cordey —Me ofrece su mano y yo se la tomo con desconfianza—. Por favor tome asiento.

Lo hago en medio del sonido de las teclas que me indican que la secretaria está trabajando.

El detective es un hombre aparentemente de mi edad, con cejas tupidas y cabello muy oscuro. Bastante más atractivo de lo que me imaginé. Eso explica el desprecio en la mirada de su secretaria, como si el hecho de que yo estuviera aquí pusiera en riesgo su atractivo. Conozco ese tipo de mujeres, su ego no les deja ver más allá de sus narices.

—Admito que me extrañó la llamada, no soy una investigadora ni una periodista. No entiendo de qué forma podría serle útil en la investigación.

El hombre es bastante más joven de lo que imaginé y adivino que este es su primer caso a investigar.

—Se equivoca señora Taylor...

—Señorita, ya no estoy casada —digo a la defensiva.

—Señorita Taylor —corrige—. Usted es una pieza clave en esta investigación. Entonces me percaté de ello. El libro en su escritorio. Es “Vanidad”, mi libro.

El detective parece haberse dado cuenta de la mirada en mi rostro porque me sonrío pareciendo cordial.

— ¿Usted lo leyó?

Gapson Cordey luce ligeramente apenado con la pregunta.

—Es brillante. Sin embargo, no logré entenderlo del todo.

—Deja muchas cosas a la percepción del lector. Cordey sonrío de lado.

—Puede que ese sea el problema.

— ¿Qué quiere decir?

—Si hay lecciones que cada uno debe percibir, cabe suponer que para las personas con deficiencias mentales el libro puede dejarles un mensaje errado.

—El mensaje es muy claro, lo que si es que hay quienes deciden vivirlo de diferente manera, pero eso es decisión de cada lector. Puedes reflexionarlo, ignorarlo o escudarte en él. Aquello escapa de mi control.

El detective afirma con una media sonrisa. Me doy cuenta de que es el tipo de hombre que usa sus encantos para conseguir lo que quiere. En este caso, busca una confesión.

—Señorita Taylor, quiero que quede muy en claro que no está aquí para ser acusada.

— ¿Ah no?

—En absoluto. La busqué por una razón muy diferente.

La intriga me empieza a carcomer cosquilleando en mi paladar.

—Quiero que sea mi arma secreta.

Me acomodo en el cómodo sillón esperando que continúe.

—Usted es la mente detrás del asesino, quiera o no. Es capaz de predecir sus movimientos. Quiero que me diga todo lo que sabe de él, ¿porque hace lo que hace?, ¿Cómo lo hace? ¿Quiénes son su objetivo?

—Yo... no estoy segura de saber eso.

El detective me mira con urgencia.

—Usted es la única que puede ayudarnos a averiguarlo. Es la única que puede ayudarnos a atrapar al desquiciado que sigue suelto. La única que puede detener los asesinatos. Pero si no lo hace, si decide ignorar lo que está pasando muchas otras mujeres podrían resultar víctimas. Piense en su hija Señorita Taylor, ¿Cómo puede estar segura allá fuera?

Apenas menciona a mi hija mi móvil suena y el número de la maestra de Lizzy aparece en la pantalla. Contesto de inmediato, con el corazón sacudiéndose en mi pecho. ¿Qué pasa si el detective tiene razón? ¿Y si mi hija está corriendo peligro? Peor aún, ¿Y si ya ha sido atacada?

— *¿Ho-hola? [Respiración agitada al otro lado de la línea]*
Aquello es todo lo que necesito para entrar en pánico.

— *Señorita Paige, ¿qué sucede? [Sonido de voces de mujeres entre susurros alterados]*

Después de lo que se siente una eternidad ella responde.

— *Debe venir de inmediato, señorita Bea. Lizzy hizo algo muy malo.*

Estaciono en la entrada de la escuela y me adentro en los pasillos caminando lo más rápido posible. El camino se me hace interminable, como adentrarte en un laberinto en medio de la lúgubre noche, sin poder encontrar la salida.

Encuentro a Lizzy apoyada en una de las paredes, lloriqueando sin control, ocultando su rostro en sus rodillas.

— ¡Lizzy! ¡Lizzy! —llamo dos veces. Ella oye mi voz y corre a mi encuentro.

— ¡Mami!

Se abraza de mí como si se le fuese la vida en ello. Opto por revisarla de pies a cabeza comprobando que este entera.

— ¿Qué sucedió?

Sus ojos esmeraldas se derriten y entiendo que no conseguiré nada de ella.

Giro en busca de la maestra pero esta ya ha llegado a mi alcance.

—Señorita Bea, ¿podemos hablar un momento?

Afirmo y la sigo hasta el salón de clases, en su rostro puedo ver la angustia. Pasamos por la enfermería y en medio de ella veo a una niña tiritando, está cubierta con una toalla blanca y su rostro pálido como la leche. Aun así puedo ver que es bellísima.

—Tranquila Scarlett -le dice la enfermera—. Tu madre viene en camino.

Giro la cabeza y observo a mi hija negando compulsivamente. Al instante las palabras que me susurro la noche pasada regresan a mí: *“Quizás yo pueda aleccionar a alguna”*

—Oh no Lizzy —pienso—. *¿Qué fue lo que hiciste?*

VI

Consternación Sentimiento de abatimiento, y angustia, mezclado con la sorpresa. El ser humano puede sentirse consternado ante un acto extraordinario, siempre negativo, que ha irrumpido en su mundo.

Sentimiento que puede convertirse en una tortura psicológica si aquel nefasto acto lo ocasionaste tú mismo.

La ciudad se ha visto trastornada por los susurros nerviosos de un alma perturbada. Ocho asesinatos en menos de tres meses.

¿Quién lo creería? Un par de guantes, pinzas, un bisturí... Instrumental con el objetivo de sanar, usado para destruir.

Pero, la mente humana no funciona con coherencia, la impulsa sus ideales y sus objetivos. No hay salvación que valga cuando el villano se viste del héroe de la belleza.

Un cirujano cuya promesa es maximizar la perfección de la piel; llevado por su sed de justicia, engaña a sus víctimas, todas mujeres cegadas por su vanidad, que no son capaces de detectar el peligro. Que no son capaces de huir cuando el cuchillo las corta, les arranca las entrañas y les desfigura el rostro.

— ¿Qué hizo qué?

El eco de mi voz retumba en la habitación de la maestra.

—Lo que escuchó señora Taylor. Lizzy encerró a una alumna en el congelador de la escuela. Por suerte la encontramos solo unos minutos después.

—Eso no puede ser. Mi hija no es capaz de hacer una cosa así. Digo insólita por los acontecimientos.

—Lizzy es una niña equilibrada, perfectamente cuerda.

— ¿Está muy segura de eso?

— ¡Por supuesto! ¡Insinúa que no conozco a mi hija!

Respiro hondo al darme cuenta de lo alterada que debo de sonar.

—No es así señora Taylor. No quiero que me malinterprete, pero si Lizzy tomó esas acciones es porque algo la impulsó a hacerlo. Ideas como esas no pasan por la mente de una niña de 8 años así porque sí. Piénselo bien, debe haber algo que haya desencadenado su actitud. Quizás debería ser más cuidadosa con lo que lee o con lo que le cuenta.

Entonces lo recuerdo. El cuento de la princesa vanidosa. Siento que el pecho se me contrae y mi respiración se acelera. ¿Cómo es que no se me ocurrió antes?

Salgo de la oficina y tomo a Lizzy dispuesta a no regresar.

Es después de muchos días que lo sucedido empieza a cobrarme factura. De pronto siento que debo de cuidar todo lo que digo alrededor de mi hija, y eso hace que me guarde muchas cosas que en ocasiones normales me hubiera encantado contarle.

Me siento prisionera de mi misma y de mis ideas y temo que mi verdadero yo esté afectando a mi hija. Más de lo que creía podría afectarla.

—No quiero cambiarme de escuela, mami. Sé que actúe mal pero no temo enfrentar las consecuencias. Me disculpare con Scarlett.

—Temo que es más complicado que eso, mi vida. Lizzy me mira con tristeza pero termina asintiendo.

—Lo siento mucho, mami.

—No quiero que te sigas disculpando por lo que pasó. Fue mi error, no fui muy razonable. Hay cosas que pueden afectar de manera distinta a las personas. Y ahora Lizzy, quiero que me prometas que guardarás lo ocurrido dentro de esta casa. Tu padre no puede enterarse, pero sobretodo quiero que lo dejes atrás.

Mi hija me mira directo a los ojos con la intensidad del amanecer.

—Así lo haré, mami.

Una vez paso la página me concentro en mi objetivo:
Atrapar al asesino.

Me visto como una mujer cuyo aspecto es su prioridad, me disfrazo de mi madre y voy en busca de mi victimario.

VII

I

*inspiración Es un estímulo,
ordinario o extraordinario, que
conduce a la creatividad de una
persona.*

*Tanto el amor como el odio, la
felicidad o la tristeza, pueden
convertirse en la mayor fuente de
motivación, logrando que se cree
algo magnífico, y a la vez, algo
fatal.*

El lugar apesta a antiséptico y no pasan más de tres minutos para que me empiece a doler la cabeza. Estar en un consultorio estético me transporta a esa traumática experiencia de mi adolescencia. El estómago se me revuelve y estoy a punto de arrojar, hasta que recuerdo que ni siquiera pude desayunar hoy.

Llevé a Lizzy temprano donde su padre sin esperar encontrarme a su prometida en casa. Fue el momento más incómodo y patético de mi existencia (bueno, quizás no lo sea tanto), aunque de alguna forma me reconforto el no sentir el pecho comprimido de la ira y la desolación. Estaba avanzando; a pasos cortos, a pasos seguros.

El consultorio se va abarrotando de mujeres. La mayoría de ellas con apariencia plástica, y el resto de ellas dan la impresión de querer serlo.

— ¿Qué te harás? —Me pregunta una de ellas, mientras hojea una revista de celebridades.

—Aún no lo decido.

Me da un repaso fugaz.

—Yo te recomendó un estiramiento en el contorno de los ojos. Un blanqueamiento y puede que una liposucción. Mi mejor amiga se hizo la liposucción y ahora está desesperada por quitarse a los pretendientes de encima. Hombres que antes ni siquiera la volteaban a ver.

Aquellos comentarios inevitablemente me llevan a pensar en William. En sus manos sobre mi cuerpo y en lo bien que se sentía por una vez ser notada por sus arbitrarios ojos.

—Esperaré a saber que me recomienda el doctor.

—El doctor Richard es el mejor. —eleva una de sus cejas demasiado teñidas—. No pudiste elegir uno mejor.

Afirmo pero en efecto no lo elegí porque sea el cirujano más recomendado de la ciudad. Richard Mc Gregory posee el perfil más similar al “Asesino del Bisturí”.

Perfil del Asesino: - Infancia Solitaria.

- *Carencia de una madre.*
- *Desprecio excesivo por las féminas. (no solo mujeres también animales hembras) - Posee una discapacidad física.*
- *Socialmente activo (capacidad que usa para encubrir su introversión) - Surdo.*

El doctor Richard Mc Gregory poseía tres de esas cualidades. Abandonado a los tres años por su madre, creció en un hogar sustituto con una madre adoptiva para

nada amorosa. Protegido únicamente por su padre. Un cirujano de una trayectoria impecable.

De pequeño Richard solía acompañar a su padre a su consultorio para aprender el arte del oficio de primera mano. Quedo fascinado desde el inicio por dicha profesión, incluso practicaba la escultura en su tiempo libre modelando la figura

femenina. Sin embargo nunca se casó, y su historial amoroso está cargado de fracasos, y nadie sabe dar razones de porqué.

Una particularidad es que de sus ex novias se asume dos están fuera de la ciudad, aunque nadie da razones de su paradero.

Para quienes lo conocen, el doctor Richard es considerado un hombre afable, caritativo y encantador.

Pero como bien dice el personaje principal de *Vanidad*:
“Dos pueden habitar en uno. Y uno puede ser capaz de interpretar a dos”.

— ¿Señora
Taylor? Me
llama la
asistente.

—Bea Taylor. Soy yo.

—Pase, por favor. El Doctor MC Gregory está listo para atenderla.

Me pongo de pie alisando mi falda cuando la mujer que hojeaba la revista a mi costado hace un gesto de evidente sorpresa.

— ¿Usted es Bea Taylor? ¿La escritora de “Vanidad”?

Me aparto en cabello del rostro y esbozo una sonrisa nerviosa.

—Así es.

— ¡No lo puedo creer! Me encantó ese libro. Lo leí por lo menos tres veces. La parte en la que Elisa apuñala a

asesino y lo desenmascara —imita la acción con efusión—, siempre me hace enloquecer. Ella es una inspiración para mí. Luchadora, en la constante búsqueda de la perfección. Es por ella que estoy hoy aquí.

Me muerdo la lengua para no decirle: “Pues parece que no entendiste el propósito de la historia”.

—Solo hay algo que no entiendo.

—Claro, dígame.

— ¿Por qué cuando desenmascara al asesino este termina siendo ella misma?, ¿acaso tenía una gemela? Es muy confuso para mí.

Sacude la cabeza como si intentara despegar sus ideas. Adivino que estuvo analizando ese final por mucho tiempo.

—Señora Taylor... -Insiste la asistente.

—Sí, permítame un segundo. Por favor —Le pido.

Observo a la mujer de las falsas cejas y me muestro lo más paciente posible.

—El asesino no era su gemela, ni era ella misma. El asesino es una metáfora para la “autodestrucción”. Elisa no estaba en búsqueda de la perfección, intentaba ser perfecta para ser valorada por los demás. No se daba cuenta que al hacerlo perdía la esencia de lo que la hacía ella misma.

La mujer deja la revista de lado, parece haberlo comprendido al fin.

—Entonces, ¿la perfección no era la respuesta, la aceptación lo es? Ladeo la cabeza y le doy un asentimiento.

El doctor Richard es bastante atractivo para tener 45 años. Eso hace que me sienta expuesta cuando su asistente nos deja solos.

—Mmm... —Lee mi ficha. —Bea Taylor, su nombre se me hace muy familiar.

—Quizás me leyó por ahí, en una biblioteca.

Trueca los dedos y al instante me fijo que carece de uno.

— ¡Oh! Usted es la famosa autora local. ¿No escribe acaso sobre la aceptación?

¿Por qué esta en un consultorio estético?

Vuelvo a concentrarme en mi papel luego de mi pequeño gran descubrimiento.

—Doctor Mc Gregory, espero que lo que diga en este consultorio se guarde en total y absoluta confidencia.

—Por supuesto. Los pacientes tienen derecho a su privacidad.

Me tardo unos segundos para decir lo que vine a decir con el objetivo de lucir ligeramente preocupada.

—Yo... Me hice una cirugía para aumentar mis senos hace muchos años. Era joven e insegura y buscaba ser atractiva para los chicos de mi edad. Me avergüenza mucho confesarlo porque va en contra de todo lo que profeso, pero tampoco puedo decir que me arrepiento de mi decisión. Desde entonces me siento más segura en mi piel y... sensual.

—Sin lugar a dudas no debería avergonzarse por ello.

—Lo sé. Es solo que de hacerse público perdería muchas de mis lectoras, por no atreverme a decir que a todas. El mensaje que dejo en ellas es lo más importante para mí. Y no quiero arruinar mi imagen. Lo es todo en el proceso publicitario. Espero, me entienda.

El cirujano asiente con una mirada empática en el rostro.

—Se sorprendería de lo común que me resulta escuchar algo como eso. Pero entonces señora Taylor, ¿usted viene por qué razón?

Suspiro con aflicción.

—De hace un tiempo para aquí comencé a sentir molestias en mi prótesis izquierda y al mirarme al espejo la noto ligeramente más caída de lo normal. Temo que de alguna manera se haya movido en mi interior.

— ¿Hace cuando que no se hace una revisión?

—Por lo menos siete años —Y eso es lo único cierto en la conversación.

—Pues bien, le haré un chequeo ahora mismo y la citare otro día para tomarle unas placas. Si presenta algún problema lo recomendable es otra cirugía. Y de concluir que todo está normal solo sería necesario abrirla un historial para evaluarla progresivamente... ¿Está de acuerdo con el protocolo? ¿Señora Taylor?... ¿Señora Taylor?

Es el sonido de sus dedos tronando lo que me hace reaccionar. Sin embargo la sorpresa no me abandona. La ficha está siendo llenada por su mano izquierda, la misma

con la cual el “Asesino del Bisturí” sostenía su arma mortal.

VIII

Miedo

Sentimiento de angustia que aparece ante una situación de peligro o euforia. El miedo puede paralizarte o motivarte para vencer a tus demonios.

El mismo perfil. El mismo “modus operandi”.

No hay nada que me quite de la cabeza que el Dc. Mc Gregory es el asesino. Y es así como se lo planteo al Detective Cordey.

Desde ahora la investigación se centraría específicamente en él.

Sentía que me quitaba un abrigo de acero de encima y ahora por fin podía caminar.

La puerta se abre mientras preparo la cena y me apresuro a abrirla antes de que el pollo se humee en el horno.

No tengo idea de quien podría aparecer detrás de la puerta. Este es uno de los tantos fines de semana en los

que Lizzy me pidió visitar a su padre, y no se suponía tenga visitas hasta dentro de muchas horas.

Cuando abro la puerta mi pequeña hija corre a mis brazos en medio de un teatro de llantos y gritos.

— ¡No quiero perderte mami!, ¡No quiero que te separen de mí!

Grita con tanta fuerza que puedo imaginar a mis vecinas curioseando por las ventanas de sus habitaciones.

— ¿Lizzy, que sucede? —Ella oculta su rostro en mi estómago mojando mi camiseta con sus lágrimas—. Háblame, por favor.

Observo una sombra acercarse desde la entrada y descubro que William ha estado allí, esperando que lo notase. Algo fuera de serie viniendo de él.

—Siento que aparezcamos así, Lizzy me suplicó que la trajese. Frunzo el ceño, consternada.

—Pasa, por favor. No quiero llamar más la atención.

Tan pronto entran Lizzy comienza a parlotear dejándome aún más confusa y aturdida. Mi pecho comienza a contraerse prediciendo lo peor.

Por suerte William interviene.

—Lizzy, ve a tu habitación, por favor. Yo me encargaré de explicarle a tu madre lo que pasa.

Mi hija suspira dos veces antes de asentir.

—Espera, cariño.

Voy hacia la cocina y parto un trozo de pastel a la vez que apago el horno.

—De cerezas, tu favorito.

Me inclino para limpiar su rostro.

—Sea lo que sea, lo solucionaré.

Le doy un beso en lo alto de la cabeza y ella me da un abrazo fugaz antes de marcharse.

Miro los ojos oscuros de William y descubro un océano hondo e inalterable, ellos nunca fueron capaces de mostrarme sus pensamientos. Sin embargo, se por sus tensos movimientos lo serio de la situación.

—Sentémonos.

Aquello debería ser una petición que con su voz grave y áspera se transforma en una orden.

Apenas dejo caer mis manos en mi regazo noto que estoy temblando, sin saber si temo realmente por lo que pueda decirme o por lo que su presencia puede incitarme a hacer.

—No puedo imaginar algo tan malo para que aparezca en ese estado gritando que no quiere separarse de mí. Pero si no lo dices ahora mismo voy a enloquecer.

—Lizzy tuvo una crisis.

—Suelta. El alma se me pende en un hilo.

— ¿Un... una crisis? ¿Qué clase de crisis?

Mis ojos se humedecen rogando por más información.

—Rompió todas las muñecas de Katy cuando las vio en su habitación.

—Eso no es algo propio de Lizzy.

—Si me lo contaran tampoco lo creería, pero fui yo la encontré. Estaba en casa de mi hermano Paul junto a mi novia, cuando escuché un ruido. Al entrar en la habitación la hallé arrimada en una esquina con la mirada fija en las muñecas rotas, repitiendo una y otra que eran un horrendo símbolo de *vanidad*.

Paso las manos por mi rostro y exhalo.

—Debe ser una etapa. Pu... puede que esté celosa. Siempre fue la única niña en la vida de Paul...

—Sabes que no es eso Beatrice, no es la primera crisis que tiene. Contengo la respiración.

—Paul me dijo que fue a su escuela una mañana para verla y la maestra de Lizzy le informó que ella ya no asistía a esa escuela.

— ¿Dijo algo más?

Por su expresión sé que lo hizo.

— ¿Cómo reaccionó Paul? —Pregunto cargada con la adrenalina que solo el miedo provoca.

Hay un largo silencio que me advierte de un fuerte terremoto a punto de arremeter contra mí, capaz de destruir los muros de protección que he construido.

—Él quiere la custodia completa de Lizzy.

Cuando entro en la habitación de Lizzy la hallo profundamente dormida. No ha probado el pastel y distingo una lágrima seca en su mejilla. Me cubro los labios

para que no me escuche cuando sollozo y una vez me recupero me llevo el trozo de pastel y apago las luces al salir.

Jamás permitiré que se la lleven. Una madre debe estar con su hija. No por nada Dios forjó el lazo más profundo entre nosotras. Nos hizo co dependientes desde el núcleo materno. Los hijos como fetos sobreviven por medio de sus madres; y una vez nacidos, las madres dedican su vida para formar a sus hijos.

Nuestras vidas juntas no han de terminar todavía.

Bajo las escaleras llegando hasta William, quien seca los platos en la cocina después de haber compartido la cena.

—No tienes que hacerlo.

—Si tengo. Mi madre me enseñó a ser agradecido.

—Al parecer solo uno de los dos hermanos captó el mensaje. William se seca las manos y me mira.

—No te aflijas demasiado. Paul estaba molesto, estoy seguro que no procederá con esa idea.

Intento mantener la serenidad de siempre, pero siento que me derrumbo.

—No podría soportarlo. Ella es todo para mí, ¿sabes?

—Lo sé.

Rodea sus fornidos brazos alrededor de mí y absorbo su aroma mentado. Tan pronto lo siento cosquilleando en mis

sentidos me aparto. No quiero que aquel episodio se repita. Yo mostrando mis debilidades y tristezas, al igual que cuando me separé de Paul. Ni él con sus defensas muy por encima consolándome con sus caricias. Si, fue placentero por una vez, sentir que no era una mujer difícil de desear, capaz de satisfacer a un hombre. Tan sensual como para tentar al hermano de mi ex marido. Pero eso no quita que me esté engañando al creer que puede suceder de nuevo.

— ¿Te incomodo?

—Así es —bajo la mirada— Gracias por traer a Lizzy, pero es mejor que te marches.

—No quiero marcharme. No dejándote en ese estado.

—Tu presencia no me hará mejorar.

—No dijiste eso la otra vez.

Me mira con esos ojos inquisitivos que me hacen titubear.

—No tenías una novia entonces —Saco a relucir la verdadera razón de mi intolerancia hacia su presencia.

—No estaría con ella si no me hubieras rechazado luego de esa noche.

—Ambos sabemos que no es verdad. Tú fuiste el que me rechazó primero, ¿en la secundaria, recuerdas? Y no solo me rechazaste sino que me arrojaste a los brazos de tu hermano, como si fuese basura para desechar.

Como pueden notar, hay mucha historia entre nosotros y por esa historia no puedo permitirme ser débil otra vez, darle ese poder sobre mí.

—Siento si te hice sentir así Bea, pero lo cierto es que a mi hermano le interesabas y no quería estar en medio. Aunque, nunca me dejaste de interesar a mí.

Y basta eso para que me atrape. Solo una noche más me prometo ser débil. Aunque en el fondo sé que me engaño. Yo nací para ser domada, y él nació con el espíritu de un domador.

IX

Conflicto

Situación de lucha entre dos o más personas debido a diferencias o desacuerdos irreconciliables.

El conflicto puede llevar a la victoria de una de las partes y la derrota para la otra.

En un conflicto no hay víctimas inocentes, Solo pérdidas.

Un vencedor y un vencido.

El espejo puede ser atterradoramente sincero. Puede atormentar con demonios del pasado, y del presente.

Ahora observo las marcas en mi piel. Soy fácil de ser marcada, porque me dejo ser dañada una y otra vez. Observo mis ojos asimétricos. Mis senos flácidos y caídos.

Pasaron exactamente dos semanas desde que mis implantes fueron removidos por causa de un encapsulamiento. El dolor poco a poco ha ido disminuyendo y ahora prácticamente puedo estirarme sin

hacer ninguna mueca. Toda una victoria. Pero la victoria más grande, estar viva.

2 semanas atrás.

Pasar por el quirófano de un posible asesino era la experiencia más aterradora que sin duda me ha tocado vivir.

El Detective Cordey me prometió una custodia absoluta durante la operación. Mi cirugía no había sido algo premeditado, pero la suerte estuvo de su lado cuando la mañana anterior la asistente del doctor Mc Gregory me llamó para informarme que mis implantes estaban sufriendo un encapsulamiento, y que de no ser removidos de inmediato podrían moverse en el interior de mi tejido ocasionando problemas aún más graves.

Mi primera reacción fue ponerme a temblar del terror y la angustia. No podía ser sometida a cirugía, no me pondría en las manos de Mc Gregory después de acabarlo de acusar de ser un asesino en serie.

Tampoco quería ser despejada de mi atractivo sexual. Acababa de estar en brazos del hombre de mis sueños, quien no dejó de repetirme lo mucho que le excitaba mi bien formado cuerpo. Yo sabía que sus ojos no mentían cuando se posaban en mi pecho y que de no ser por el dolor intenso que me provocaban sus caricias, él no me había dejado de admirar.

Había llorado tan pronto acabo esa llamada. Estaba siendo despojada de mi orgullo de mujer.

Cuando las lágrimas cesaron, mi cuerpo dejó de temblar, y las palabras de William dejaron de repetirse en mi cabeza; entonces entendí que aquello era una bendición. Me estaría liberando de uno de mis peores recuerdos, estaría dejando atrás las “lecciones” de Gretel, me estaría despojando de una relación toxica que solo me provocaba codependencia. Y lo más importante, estaría desenmascarando al asesino.

Lo último que veo, antes de que la anestesia me adormezca por completo, son las relucientes uñas de la enfermera. De un rojo carmín seductor. Mi mirada busca al doctor Mc Gregory y puedo sentirlo sonriendo a mí alrededor.

Mi cuerpo puede estar dormido pero mi mente esta alerta hacia cualquier extraño sonido o movimiento. No siento ningún dolor físico pero si el estrés mental que la incertidumbre me causa. Podría estar dejando a Lizzy en brazos de su padre, sin haber luchado por ella. Y aunque sé que puede llegar a ser feliz sin mí, sé también que nunca dejará de necesitarme.

Mi mente lucha por quedarse dormida, pero yo no se lo permito. Escucho a Mc Gregory pidiendo por los instrumentos, y luego sus manos están en mi piel. Soy capaz de sentir el corte en mi pecho, y aunque este no me causa dolor alguno juro que sé que es más profundo de lo normal. Soy la mente detrás del asesino y puedo predecir sus movimientos. Adivino los suyos. Adivino que me cortará el pecho lo más cerca del corazón posible, para dejarme morir des agrandada.

Pero nada sucede.

No hay corte más profundo de lo necesario.

No puedo desenmascaran a quien no usa la máscara.

Despierto de la anestesia balbuceando incoherencias.

Lo primero que veo es el rostro de Lizzy cubierto por un ramo de flores amarillas.

—Mami, despertaste —Me abraza apoyándose en mí y el dolor es tan intenso que me roba el aliento.

—Será mejor no acercarse a la paciente físicamente. —Es la voz del Doctor Mc Gregory—. Los analgésicos tardan en hacer efecto.

Quiero pedirle que se retracte, que mi hija tiene permiso de darme cariño aunque con ello me detenga el corazón, pero otra voz masculina se me adelanta.

—Gracias doctor, por todo.

Es Paul despidiendo a Mc Gregory. El doctor tiene una sonrisa tan angelical que me arrepiento de haberle acusado tan directa y despiadadamente.

— ¿Cómo te sientes? —Me pregunta.

Ahora que lo veo puedo distinguir un par de canas blancas que no había notado antes. O quizás sea el efecto que una vida feliz le ha provocado.

—*Cómo si me hubiese pasado un tren por encima. Puedes pedir más de esos malditos analgésicos.*

— *¡Mami! ¡No digas groserías!* —me regaña Lizzy.

—*Lo siento cariño, pero mami siente mucho dolor en este momento y maldecir la hace sentir mejor.*

—*Está bien mami, pero puedes usar tus propias groserías así nadie sabe que las dices.*

— *¿Y cómo haría eso, Lizzy?*

—*Puedes cambiar “maldición” por “rábanos” y todos pensarán que sólo estas hambrienta.*

Escucho a Paul reír y su risa inmediatamente me contagia provocándome otra ronda de dolor.

—*Lizzy, deja las flores en la mesa y ve afuera a buscar unas golosinas. —Le entrega dinero. —Compra algunas también para Katy.*

—*Está bien. En seguida vuelvo, mami. —Me da un beso en la frente como el que suelo darle antes de acostarse y se marcha.*

—*Tenía que hacerlo, cuando empieza a parlotear no hay quien la pare y dentro de 5 minutos estarás llorando del dolor.*

—*Hiciste bien. ¿Entonces está aquí toda la familia? —Elevo una ceja insinuativa.*

—*Solo traje a Katy para que le hiciera compañía a Lizzy, ella no se ha quería marchar desde que entraste al quirófano.*

Niego con la cabeza conmovida por la extrema dulzura de mi pequeña.

—Bueno, es probable que no me den de alta hasta dentro de unos días. Prefiero que se quede contigo esas noches.

—Por supuesto que lo hará, no permitiré que pase la noche aquí.

“Como un buen padre haría”, pienso en decírselo pero me abstengo, eso solo alimentaría su ego.

—Bea, debes ser más cuidadosa. Esto pudo salirse de control.

— ¿De qué hablas Paul?, es solo una cirugía removedora.

—Toda cirugía implica un riesgo. ¿Sabes que estuviste al borde de un paro cardiaco en el quirófano?

Mi mente se pierde ante su comentario.

— *¿A qué te refieres?*

— *Entraste en shock por unos instantes y el equipo de cirugía tuvo que reanimarte.*

— *¡Dios mío!* — *Exclamo completamente descolocada con sus palabras.*

— *Lizzy no está lista para quedarse sin su madre.*

— *¡Vaya! ¿Eso lo recordaste hoy?*

Paul me mira con rudeza. Él siempre fue un hombre pacífico y sereno, nada caótico. Al contrario de su hermano que armaba un desastre a su paso.

— *Entiende Bea, no intento quitarte a la niña. Pero siento que tenerte a su lado las 24 horas comienza a afectarla negativamente.*

El pensar en tener una discusión como esa en ese momento me agota por completo.

— *No vas a tener la custodia, Paul. Lizzy y yo somos felices estando juntas, tú mismo lo dijiste, ella me necesita. Un padre no representa todo lo que una madre lo hace. Si crece lejos de mi lo resentirá.*

— *Ella necesita una madre, es verdad, pero también necesita de personas que le den la influencia positiva necesaria para crecer firme en sus valores.*

— *¡Yo le enseñé valores!, ¿de qué... rábanos me estás hablando?*

— *Cálmate Bea, estoy intentando conversar contigo como dos adultos. Pero parece que algunas cosas no cambian. Siempre serás la mujer alterable y*

desequilibrada capaz de crear una obra maestra, e incapaz de mantener a las personas a su lado.

Aquel último comentario me golpea tan fuerte que no reacciono hasta que las personas comienzan a acudir a nuestro alrededor.

Me levanto torpemente intentando dejar mis ojos a su alcance para que pueda percatarse del incendio al que están propensos en este momento.

—Escúchame bien pedazo de basura, no me quitarás a mi hija. Tú puedes tenerlo todo en la vida, tu patética familia, y toda tu mierda satisfecha, pero yo solo la tengo a ella y voy a pelear.

—Paul, vámonos.

William ha aparecido en la puerta, tiene a mi hija tomada de una mano y a una niña morena y delgada de la otra.

—Señora Taylor, cálmese. Esa agitación no es buena para su recuperación — Me advierte la enfermera de las uñas carmín mientras evalúa mi estado cardíaco. Paul se acerca a su hermano sin dejar de mirarme. Sus ojos me advierten de que es el fin de la “conversación de adultos” y el inicio de la “guerra desmedida”.

—Está bien, vámonos.

El intenta coger a Lizzy de la mano que no sostiene a su tío pero esta aparta el brazo con brusquedad.

—Quiero quedarme con mami.

Lo mira con una furia que solo sus ojos de leoncita asustada pueden provocar.

—No Lizzy, irás con nosotros.

— ¡Rábanos! ¡No quiero!

Corre hasta donde estoy y me abraza de la cintura procurando no lastimarme.

—Señores, lo mejor es que se marchen ahora. —Les pide la enfermera.

—Eso haremos. Lizzy... —Le advierte Paul.

Suspiro con resignación. No puedo dejarla quedarse, su bienestar es mi prioridad, y por ahora su bienestar es su comodidad.

—Lizzy ve con tu padre, por favor. Me verás mañana.

Ella me mira con desolación como si creyera que la estoy abandonando.

—Pero mami...

—Por favor Lizzy, obedéceme.

Mi hija se aparta de mí, me voltea el rostro con molestia y sale de la habitación sin mirar atrás.

—Esto no acaba aquí Bea. —Me dice Paul finalizando el caluroso encuentro. Él se lleva a la niña morena y me quedo fija en la mirada de William.

Bajo la mirada y recuesto la cabeza en la almohada cerrando los ojos. Cuando los abro él también se ha ido y creo haber imaginado el sonido de unos tacones marchándose con él.

La próxima visita que recibo es del detective Cordey, le explico todo lo sucedido en el quirófano y la falacia de mis sospechas. Apenas sale por la puerta llega mi

editor a contarme las malas y buenas noticias respecto a mis carrera, el libro está obteniendo grandes magnitudes en las ventas pero existe un peligro inminente a que salga del mercado debido a la polémica, que ahora se intensifica con mi operación.

Para cuando se marcha mi cerebro y mi cuerpo están tan cansados que solo duermo hasta que siento que el mundo por fin se va a terminar.

X

Alucinación.

*Percepción de alguien o algo
inexistente que se
consideran reales.*

*La alucinación puede nacer
de un temor o una
necesidad.*

*A veces ésta resulta como
un efecto del instinto de
supervivencia del ser
humano, una forma de
escapar de la realidad
que atormenta y salvarse
a sí mismos.*

*Una gélida caricia en el rostro me produce un escalofrió y
adormece mis sentidos haciéndome dudar de la veracidad
de mi respiración.*

*Poco a poco, el control regresa a
mis sentidos. Comienzo a
olfatear...*

*¿Es ese el olor de su
perfume? Comienzo a
escuchar....*

“Mi niña, mira nada más que terrible desastre” Y por último la veo.

El espectro de mi madre, de pie a mi lado, en la cama de hospital.

El susto me hace pegar un brinco golpeando mi nuca contra la cabecera. El dolor me hace darme cuenta de que en realidad si estoy viva.

—Gretel....

Su fantasma no es como imaginaba, luce joven y destellante a diferencia de su cadáver, marchito y opaco como las hojas en el otoño.

— ¿Qué hiciste Bea?, ¿qué hiciste? Dañaste mi precioso regalo.

Respiro con dificultad, intentando atrapar todo el aire que me rodea pero este parece solo disminuir.

Sus ojos están sobre mí, son de un azul cielo donde antes eran de un azul oscuro como el cielo al anochecer.

La vanidad era su regalo, algo que siempre rechace. Vivíamos rodeadas de espejos con el perturbador mantra: “Si no te gusta lo que ves, arréglalo”.

Y fue eso al final lo que la acabó.

El inconformismo y la falta de aceptación así misma que desde entonces quise dejar atrás para mí.

—Tu regalo era la peor maldición en mi vida. Tus constantes deseos de hacerme perfecta solo me han hecho más insegura, creyente de que nunca sería lo suficientemente buena para tener tú aceptación.

—Hablo de tu vida, Bea. La has arruinado toda.

—No he arruinado mi vida. Solo he arruinado tu intento patético de ella.

Ella niega con una sonrisa rosada en los labios sin rellenar, otra de las cosas que han cambiado entre su

cuerpo y su alma.

—Desde donde estoy no es lo que veo. Eres un jodido desastre, siempre queriendo lo inalcanzable y construyendo barreras para lo que podría ser bueno para ti.

— ¿Qué es bueno para mi madre?

—Un esposo, una carrera como las que tienen las mujeres de tu edad. ¿Sabes que yo nunca pude permitirme eso? Estuve siempre sola, criando a una patética niña incapaz de seguir mis reglas.

—Y aun así supiste como echarlo a perder.

La cerradura de la puerta de la habitación se mueve.

Gretel hace un gesto que me indica urgencia.

—Tengo que irme Bea, no me queda mucho tiempo hasta que despiertes. Pero hay algo que quiero decirte...

“No confíes en la corriente Bea, esta puede arrastrarte lejos de la orilla. Cuídate de los enemigos, en especial de los que lucen como peces indefensos, pueden ser los peores depredadores”.

Recupero la consciencia y lo primero que hago es mirar a mí alrededor en señal de alerta. Sorprendentemente no hay ningún espectro cerca pero mi cabeza palpita por el golpe.

Mi única compañía tiene un pulso latente.

—Buenos días Señora Taylor.

¿Qué tal durmió? Miro su placa con su nombre: “Jenner”.

—Enfermera Jenner, ¿vio acaso a alguien visitarme por la noche?

Me deja la comida en frente. Pasta, ensalada, y gelatina.

—No, no ha tenido visitas desde la desafortunada que sucedió ayer. ¿Espera a alguien?

—No —Me quedo viendo el lugar de Gretel—. Supongo que lo soñé. — Respondo entre aliviada y perturbada.

La enfermera de las uñas carmín me acomoda las almohadas y me toma la presión arterial.

—Debe extrañar mucho a alguien. Sonríe con disimulo mientras me evalúa.

—Todo en orden. —Anota números sin sentido en mi historial. —Creo que esta lista para ser dada de alta Señora Taylor. En una escala del 1 al 9 ¿cuánto dolor siente?

Me acomodo en la cama, los movimientos son mucho más ligeros de lo que eran.

—Diría que un 4.7.

—Excelente señora Taylor, es una mujer muy fuerte.

—Fuerte no es como me describiría ahora mismo.

—Créame, la forma en la usted reacciono a la operación, muchas quisieran la mitad de su fuerza.

Me vigila mientras como, el acto es tan incómodo que mantengo la vista en mi plato. Por lo menos no tendrá que bañarme. Aquello sobrepasaría el límite de la vergüenza.

De pronto la enfermera se levanta para luego inclinarse observando bajo mi cama, toma un objeto y me lo entrega.

Es una de las copias de “Vanidad”

— ¿De dónde salió?

—Parece que alguien le dejo un regalo. —Sonríe como si fuese cómplice del mismísimo cupido—. ¿Quiere que la deje sola para que lo lea?

—No hace falta. Sé exactamente lo que dice. Sin embargo el mensaje no lo comprendo.

¿Qué quieres decirme mamá?

El resto del día no recibo más visitas, ni de muertos ni de vivos. Me la paso con el libro en mi regazo, ojeando las páginas sin detener la mirada. Hasta que una frase capta mi atención. Es la frase que Elisa le dice a su reflejo cuando se descubre como la asesina.

“—Entonces eras tú. Era yo. Era mi propia mirada la que detectaba a las víctimas. Eran mis propios oídos los que seguían sus pasos. Eran mis propias manos las que presionaban hasta acabar con sus vidas. Era mi obsesión

por la perfección la que causo tal destrucción. He desconfiado de todos a mi alrededor para descubrir que de hecho la batalla que debía librar, era en contra de mi propia cordura”

Cierro el libro y me quedo mirando el todo y la nada por un instante.

Ahora lo comprendo, al fin lo hago. Se de quien debo cuidarme y de quien no.

Me levanto de la cama, de pronto tengo tantas ganas de ser libre para cuidar de mi pequeña. Es ella la que está más propensa al peligro.

Doy dos pasos y el sonido que provocan es lo único que se escuchan por los pasillos desérticos.

Me parece extraño no ver a la enfermera de guardia, ni a los médicos de turno. Salgo por la puerta trasera y me encuentro con toda una escena.

El Ferrari rojo de William está estacionado a unos metros. A un lado de él, en el jardín, mi exesposo Paul vomita. Mientras un alterado William discute con una mujer morena. Adivino que es la prometida de Paul porque la niña que vi acompañar a Lizzy ayer tenía rasgos similares. Y por último, dentro del auto, una jovencilla asiática descansa con gesto amargado.

Me acerco despacio para escuchar la discusión.

— ¡No debiste dejar que se embriagara! ¡Sabes que se sale de control! —Le grita William.

—No es mi culpa William. Apenas tomamos un vino en el restaurante, tú estabas allí.

— ¡Oh vamos! Esas son mentiras, debieron tomar algo más cuando fui en la búsqueda de Anais.

—Bueno, sí. Quizás una o dos copas de wiski.

—Mi hermano no tolera el wiski, Meredith, que incompetente e irresponsable de su parte. Se supone que vendríamos aquí, a hablar con Beatrice y quedar en buenos términos. ¿Cómo se supone que lo haremos ahora?

—Simplemente háganlo otro día.

—No queda otro día, ¿acaso no lo sabes? Paul programo una audiencia para mañana cuando se enteró de que Beatrice sería dada de alta.

La mujer morena mira a su prometido arrodillado en el piso y se inclina para hablarle.

— ¡Qué diablos pasa contigo Paul! ¡En que pedazo de basura te estas convirtiendo! Esa mujer acaba de pasar por algo bastante duro y aun así piensas arrebatarle a su hija.

Paul se tambalea, intenta responderle pero su voz suena amortiguada por su propia lengua.

—Son un par de desalmados.

Les dice a los hermanos para luego subirse al que supongo es su auto.

—Vámonos Anais —le dice a la asiática— Recojamos a Katy.

La chica asiática baja del auto de William obediente, pero se detiene en su delante y le susurra algo que no logro entender. Sin embargo puedo distinguir las llamas que fluyen entre ellos. William la mira con esa mirada seductora que me dedicó la otra noche, ella se muerde el labio inferior y le da guarda un papel en el bolsillo de su camisa antes de seguir a Meredith hasta su auto.

Las dos mujeres desaparecen dejando a los hombres lidiar con sus problemas. Me quedo algo inquieta por la lluvia de información que acabo de asimilar.

¿Una audiencia mañana? El desgraciado piensa quitarme a mi hija lo más rápido posible. Y yo no se lo permitiré.

Debo irme de aquí, recoger a Lizzy y llevármela a casa, donde nadie pueda arrebatármela.

No me doy cuenta de que estoy retrocediendo hasta que golpeo un tacho de basura que desprende un olor nauseabundo.

Me cubro la nariz y miro curiosa en su interior.

Es cuando siento las descontroladas ganas de vomitar.

Niego compulsivamente y me esfuerzo por respirar con normalidad. El aire me abandona de nuevo y por más que quiero alejarme lo más que puedo mis piernas se niegan a obedecer.

Mis ojos no parpadean, se dedican a analizar la espeluznante imagen. El color carmín en las uñas, tenidas con la sangre del cadáver, y la piel grisácea de la enfermera me han quitado la fuerza incluso para gritar.

XI

Revelación Descubrimiento repentino de algo oculto o desconocido. Momento en el que el cerebro despierta de un sueño. Una revelación puede ocasionar tanto un bien como un daño. A veces, es mucho mejor no descubrirla y mantenerla en la oscuridad a la que pertenece.

Estaciono mi auto en la frentera de la casa. Las luces están encendidas y la puerta abierta.

Corro dentro de la casa hasta encontrar el teléfono. Marco el número de emergencia mientras mi corazón se agita corriendo una maratón en mi pecho.

—Diga.

—Encontré el cuerpo de una enfermera en el hospital de la Dulce Esperanza, está en el basurero de la puerta trasera. Por favor, necesito que envíen a alguien.

—Señora, es un hospital, por supuesto que habrá gente muerta —Me responde irritada.

— ¡¿Acaso no está escuchándome?! No era un paciente, era una enfermera. Y fue asesinada.

Les reprocho fuera de mi misma.

— ¡Les exijo que vayan ahora!

La mujer a la otra línea lanza un suspiro y parece marcar algo en su teclado.

—Llegaré en unos 15 minutos.

—Gracias.

Cuelgo el teléfono y apoyo mi cabeza sobre él intentado pensar claramente. El dolor en mi pecho parece haberse duplicado por el estrés.

— ¿Hola?

Volteo encontrando a Meredith frente a mí, sin duda sorprendida por verme en la casa de mi ex marido.

—Vine por Lizzy.

— ¿Eres Beatrice?

— ¿Dónde está ella?

—No sé si sea conveniente que te la lleves ahora, está profundamente dormida.

Presiono los dientes y me repito a mí misma que no es la persona con la que debo desquitarme.

— ¿En dónde está? Dime la verdad, por favor. —Su mirada se suaviza y sé que sabe lo grave de la situación. Después de todo, fue ella quien le reprochó a Paul el quererme quitar a mi hija.

—Arriba, despidiéndose de Katy.

Subo la escalera ignorando el dolor y encuentro a Lizzy en medio de un abrazo emotivo que no me atrevo a romper.

Así que solo observo su habitación. Esta es la otra parte de su vida, la otra cara de la moneda. Observo las paredes tapizadas con su color favorito, morado. En el suelo hay una gran alfombra de peluche blanco. Tiene un estante de libros y una variedad inmensa de muñecas. La cama tiene

la forma de un gatito. Entiendo lo mucho de debe disfrutar estar en este lugar y me apena tener que apartarla de todo ello.

Mi hija ha tenido que asimilar muchas pérdidas a su corta edad, es por eso que no quiero que tenga que pasar por la más dura. El perder a una madre.

Tenía 18 años cuando me enteré que mi madre había sido asesinada.

El día anterior al terrible suceso estaba tan molesta como sensible. Mi madre me había sometido a una cirugía a la fuerza, y no solo había sido abusada en esa cirugía sino que ahora ella se acostaba con el abusador.

Recuerdo haber odiado profundamente a mi madre por haberme sometido a tanta humillación. Y pensar solo en una cosa: vengarme.

Necesitaba humillarla también. Así que conseguí salir con el chico que resultara más desagradable a los ojos de Gretel, e hice aquello que ella aborrecía más: manchar mi cuerpo.

Esa noche llegué a casa y mi madre me esperaba despierta, algo completamente inusual en ella. Vi su silueta en la oscuridad y estoy segura que pensé: “Muy bien Bea, termina de destruirla”. La miré directo a los ojos para luego voltear la mirada como si fuese invisible ante ellos. Intente subir las escaleras pero divise al pedófilo cirujano en la puerta de su habitación y retrocedí, mi espalda chocó contra Gretel. Ella me sujeto de los cabellos con brusquedad y yo hice lo que pude para no hacer muecas de dolor.

—Me dirás ahora mismo donde estuviste jovencita, y que es lo que hacías. Me tomo de los hombros y me hizo girar para verla.

—Lo haré cuando tú me digas que es lo que haces cada noche. Los ojos de Gretel parecían querer salir de sus órbitas.

—Niña malagradecida.

—Prefiero ser eso a ser una ramera como tú.

La respiración de Gretel parecía hacerse cada vez más rápida. Alzo la mano para golpearme y la esquivo logrando que golpeara la nada en su lugar.

Al inclinarme ella puedo ver una parte de mi espalda desnuda y pude imaginar cómo sus venas se contraían de la cólera.

—Déjame ver eso, Bea. ¡Ahora!

Me erguí derecha y le di la espalda. Ella desató la gaza que cubría la herida. Tocó mi piel sonrosada y observó el dibujo que acababa de tatuarme. Era el dibujo de una máscara.

— ¿Cómo pudiste? Ve al lavadero y refriega esa porquería hasta que desaparezca.

—No va a desaparecer madre, es un tatuaje.

Es aquella mirada la que tengo guardada hasta el día de hoy, el desprecio y la miseria, todo combinado.

—Ahora veremos si no desaparecerá.

Lo que vino a continuación es algo que no recuerdo con claridad. Solo escucho mis quejidos, mis llantos, y las imágenes borrosas en el espejo del lavadero. La sangre en el piso y en la esponja cuando ella me la restregaba sobre la herida. La forma despreciable en la que me quito toda la ropa y los ojos del cirujano sobre mi cuerpo.

Tanto dolor, tanta humillación.

Esa noche odie a Gretel como nunca antes lo había hecho.

Fue por eso que me sentí tan complacida cuando se marchó, junto al pedófilo cirujano. Vi sus siluetas internarse en la nublosa noche.

Ella nunca regresó, por lo menos no lo hizo viva.

—Dejaré a Paul —La voz de Meredith a mí espalda me saca de mi ensoñación—. Voy a abandonarlo y lo único que duele es que Katy y Lizzy no vuelvan a verse.

—Pude ver lo mucho que se quieren.

—Así es. Katy es una niña tímida, no suele llevarse tan bien con nadie.

—Puedes llevarla a mi casa para que jueguen juntas cuando quieras. La morena sonrío conmovida.

— ¿En serio?, ¿no te molesta que sea la ex prometida de tu ex esposo?

—No es a mí a quien eso debe molestar.

Me llevo a Lizzy de esa casa y la recuesto en la cama que no tiene forma de gatito.

La mira a los ojos y detecto con angustia su tristeza.

— ¿Estas bien, mi vida?

—Katy me dijo que su madre y mi padre se separaran. Ella ya no me visitará cuando esté con papá.

—No lo hará con papá pero lo hará cuando estés con mamá. —Sus ojitos me miran confundidos—. Hice un acuerdo con Meredith y ella vendrá a visitarnos todos los sábados.

Su mirada se ilumina y es todo lo que necesito para alegrar mi desconcertante noche.

— ¿Te he dicho antes que eres maravillosa mamá?

—Ven aquí.

La cubro con mis brazos protectoramente.

—Solo quiero lo mejor para ti, mi vida.

Le doy un beso en la frente y la cubro con la sábana.

Apago la luz de su lámpara y estoy por marcharme cuando me dice: — ¿Me contarías un cuento?

—Claro que sí. —Enciendo la lámpara y me recuesto a su lado.

— ¿Cuál te gustaría?

—El de cenicienta.

—Muy bien. ¿Lista?

Lizzy apoya su cabeza en mi hombro y cierra los ojos.

—“Érase una vez un hombre y una feliz mujer, que acaban de tener una preciosa niña...

—No mamá —Interrumpe ella. —Quiero que lo cuentes como solo tú lo haces.

—Mi niña —Acaricio su cabello, liso y sedoso—, los cuentos de hadas son para niñas por una razón.

—Pero yo no soy solo una niña, soy tu hija.

—Es verdad Lizzy, eres mi hija. Y voy a protegerte por eso. Le doy otro beso en la frente y me levanto.

—Duerme, por favor.

Apago la lámpara haciendo caso omiso a los ojos decepcionados de mi niña. Voy hacia la puerta y la cierro

apoyándome en ella. Mañana será un día duro. Sé que Paul será despiadado conmigo, aún más cuando sepa que me lleve a Lizzy sin su permiso.

Antes de marcharme a mi habitación escucho la vocecita dulce de mi hija, recitando el cuento que me negué a contarle.

—Érase una vez un reino, un príncipe muerto, y un decreto real: *“Todas las damas del pueblo han de probarse el zapato rojo dejado en la escena del crimen. A quien le quede el zapato...”*

—*Es la asesina*” —Termino por ella.

De pronto llega, como una revelación. Sé quién es el asesino del bisturí. Tal y como el decreto real de cenicienta, *la asesina estaba en el baile*. Y el asesino del bisturí tuvo que estar en el hospital ese día, tuvo que ser alguno de mis visitantes.

Pero, ¿A quién le quedará el zapato?

XII

C
*Confusión Momento de
duda o error en el que el
cerebro colisiona. Una
confusión puede llevar a
cometer actos equívocos,
que podrían costarnos
demasiado.*

Solía pensar en lo que hubiese sucedido si aún tuviera mi vida completa. Una madre, un padre, un esposo.

Mi madre sería hoy lo suficiente mayor como para aconsejarme sabiamente cuando lo necesite, sin hacerme sentir una basura en su lugar.

Hubo épocas en la que busqué saber de mi padre. Mi madre fue muy volátil en lo que respecta a él, lo llamaba “mi progenitor”. Cada vez que yo indagaba por él era bastante directa. Me decía que no tenía idea de cuál de los hombres con los que se había acostado era mi progenitor, pero que si tanto quería saberlo podría empezar a investigarlo. El solo hecho de imaginar buscar a cada uno de esos hombres y comparar nuestras similitudes me agotaba.

Sin embargo, mi madre me daba pistas vagas de vez en cuando. Si servía el café con demasiada azúcar me decía: “Menos amargo y demasiado dulce, lo mismo que Logan”. Y si tropezaba con los muebles sin querer citaba: “No puedes ver lo que tienes en frente, en eso eres idéntica a Henry”.

Me preguntaba como hubiera resultado si alguno de esos dos hombres me hubiera criado en lugar de ella. En el peor de los casos el exceso de azúcar me hubiese dado diabetes, y los tropezones me podrían haber hecho romperme uno que otro hueso. Pero ciertamente no pudo haber resultado peor de lo que fue, ninguno de esos dos caminos me hubiese llevado a crear un asesino y ahora estar siendo enjuiciada por la custodia de mi hija.

Llevo un vestido azul, un saco color crema, tacones de 12 centímetros y el cabello sujetado. Lo mismo que llevaba en mí entrevista con la editorial. Aquello me dio el toque de profesionalismo necesario para obtener el contrato, y esperaba que ahora me salve de obtener la peor desgracia de mi vida.

Estoy sentada en frente del salón donde se realizará la audiencia, a las 10:30 am. Son las 10 am cuando las puertas se abren, las personas empiezan a salir de la audiencia anterior, hay dos jóvenes adultos y un hombre mayor, con sus respectivos abogados. El hombre se detiene en la puerta y comienza a sollozar.

— ¡Oh vamos padre! —Le dice uno de los jóvenes—. No hagas una de tus patéticas escenas. Perdiste, ya termina de aceptarlo —Puedo distinguir la malicia en los ojos del chico.

—Niños malagradecidos. Debí dejarlos en la calle la primera vez que me faltaron el respeto.

El otro chico se planta frente a él, le lleva poco más de una cabeza. Se cruza de brazos y le dice: —Tal parece que

el que se quedará en la calle es alguien más.

El pasillo se despega, observo al hombre irse de último, con la cabeza gacha y los pies arrastrados.

Lanzo un suspiro cuando el reloj marca las 10:30 am. Me levanto y avanzo hacia la puerta.

— ¡Bea!

William me alcanza en la puerta. No puedo verlo sin recordar lo sucedido la anterior noche. A él sosteniendo la cabeza de su hermano mientras este vomita. Así como yo vomitaba después de encontrar el cadáver de la enfermera.

—Hola William.

—Bea, lo siento. No espere que las cosas llegaran hasta aquí. Quiero a Lizzy como si fuera mi propia hija...

—No entiendo por qué te disculpas. No es culpa tuya sino de Paul... —De pronto lo comprendo—. ¿Serás su defensa? William me mira con resignación.

—Es mi hermano.

—Claro, es tu hermano. Y solo hasta ahora lo recuerdas.

Niego con la cabeza e ingreso al cuarto de la verdad. Guardo un sepulcro silencio, sabiendo que desde entonces todas mis palabras serán juzgadas.

Mi abogado llega y toma el asiento a mi lado, comienza a explicarme todo el proceso del juicio. Primero hablará el demandante, exponiendo sus razones de realizar la demanda. Luego será mi turno de exponer mi lado de la historia. Por consiguiente el juez nos hará un par de preguntas y se tomará una decisión. De no ser así seremos citados otro día para escuchar la decisión final. Suplico que ese no sea el caso. Necesito que esto termine lo más pronto posible. Y que todo resulte a mi favor.

En frente, observo a Paul y William venir por mí. Es surrealista pensar que ambos están a punto de atacarme, directamente y sin miramientos. Después de todo, si me he enamorado alguna vez, ha sido de ambos.

Es demasiado pensar en ello, recordarlos a ellos dos mientras mi mente se pregunta, ¿Y si alguno de los dos es el asesino?

Tenía 17 años cuando conocí a Paul. Era una época de mi vida en la que solo me entregaba a cualquier chico que

me lo pidiera. Estaba dispuesta a acostarme con él en la primera cita cuando él me detuvo, me dijo que no era lo que buscaba, que solo quería pasar un buen rato conmigo y conocerme, me preguntó sobre mi vida y me escuchó como nadie lo había hecho. Decidí entonces que aquel chico encantador sería mi esposo.

Estuvimos saliendo por 2 años hasta que nos casamos. Entonces él apareció, William, el chico con el que había fantaseado desde siempre. Ser la esposa de Paul suponía estar cerca de William, en cumpleaños, festividades, incluso funerales.

No podía hablar con mi cuñado sin sentir aquella tensión sexual que me torturaba.

Entonces me embaracé y mis hormonas estaban cada vez más fuera de control. Paul trabajaba más de lo habitual y William estaba siempre allí, cuidando de mí. Él era todo lo opuesto a su hermano y yo no podía dejar de compararlos. Donde Paul era encantador, William era rudo. Donde Paul era serenidad, William era disturbio. Y me encantaba.

Sucedió un día antes de navidad, tenía solo 3 meses de embarazo. Paul estaba fuera de la ciudad y William vino a dejarme algunas frutas frescas para preparar la cena. Estuvimos charlando por 2 horas seguidas, él bebía vino y yo comía uvas entre risas. Se escuchaban cánticos navideños y las llamas de la chimenea se reflejaban en sus ojos.

No pude contenerme.

Después de eso no me atreví a mirar los ojos de Paul sin sentirme culpable. No podía hablar con él sin recordar las risas entre William y yo esa noche. Rechazaba las caricias de mi esposo porque sus manos no sentían como las suyas. Gritaba todo el tiempo, estaba fuera de control.

Las cosas se calmaron cuando Lizzy nació. Pasamos 6 años felices juntos, criándola con amor. Hasta que mis demonios atacaron de nuevo. Esta vez los demonios de mi pasado. Paul no pudo soportarlo.

Terminé por arruinar mi matrimonio, como todo lo demás.

—Señora Taylor... ¿señora Taylor?

Parpadeo dos veces regresando a la realidad. El juez, la jueza en este caso, golpeaba su mazo en la mesa intentado captar mi atención. Cuando la obtiene da la sesión por comenzada. Cediéndole la palabra a mi ex esposo.

Fue la primera vez que escuché todo desde su punto de vista. Nunca hubiera descrito mi actitud mientras estaba casada como “abusiva”, pero conforme escuchaba los sucesos de labios de Paul aceptaba que lo había sido. Él decía que estaba siempre a la defensiva, que lo atacaba por cualquier mínima cosa, que lo hacía muy infeliz.

No podía verlo a los ojos mientras lo decía, era todo verdad y lo sentía.

Entonces llega algo bueno en medio de su testimonio: — Pero solía ser una buena madre —Afirma—. Era una madre maravillosa y por eso lo soportaba.

Habla de los años felices que pasamos juntos. Hasta que la Bea oscura y trastornada regresó.

—Sus antiguas actitudes regresaron. Se salía de control de repente.

— ¿Puede ser un poco más específico Señor Davis?

—Tenía estos episodios. Podrían suceder mientras limpiaba, cocinaba, incluso mientras estaba en la cama conmigo. Se paralizaba de repente, como si recordara una parte de su pasado. Luego se volvía agresiva, lanzaba todo lo que estuviera cerca, formaba puños con las manos, — Imita mi acción—. Y golpeaba la nada con ellos.

— ¿Llego a golpearlo a usted alguna vez?

—Sí, lo hacía cuando quería detenerla.

— ¿A la niña?

Lo miro suplicando piedad. Piedad, por los buenos momentos que vivimos juntos.

—No. Nunca se desquito con ella. —Dice mirándome fijamente. Suspiro—. Ella nunca quiso hablar al respecto, no conmigo. Le sugerí que hiciera algo para calmar esos episodios, que fuera a un terapeuta, incluso le pedí que se sometiera al hipnotismo. Pero ella encontró su propia terapia... Escribió un libro.

Hay un corto receso luego del testimonio de Paul en el que salgo a tomar aire fresco y a encontrarme con mis

pensamientos.

Observo al hombre que salió antes de que iniciara mi audiencia a unos cuantos pasos y me acerco. El hombre me observa y me deja sentarme a su lado.

—La vi allí adentro. ¿Usted por quién lucha?

—Por mi
hija.

Sonríe.

—Su hija. ¿Cuántos años tiene ella?

—8 años.

Asiente.

—Espero ella le pague mejor que los míos. —Me mira el rostro fijamente. — ¿Por qué siento que la he visto en algún sitio?

Aquí es cuando debo esconderme.

—Escribí un libro, quizás lo leyó en algún lado.

—Un libro. Claro, soy un lector adicto. Ah de ser eso.

Puede que sea mi imaginación pero lo siento ligeramente perturbado de repente. Me levanto dispuesta a regresarle su comodidad.

—Debo regresar. Espero sus hijos se reivindiquen pronto. Le digo con amabilidad.

—Fue un gusto conocerlo señor...

—Dígame Henry.

Mi corazón se paraliza por un instante y termino por decidir que es imposible. Debe haber decenas de Henrys en la ciudad. Entonces solo lo miro con afecto y me alejo. Sin duda él podría haber sido un buen hombre con el cual criarse.

XIII

Desastre

Suceso que produce daño y destrucción. Un desastre puede ser ocasionado por una serie de equivocaciones cometidas que se ven venir pero a la vez no hay forma de detenerlas.

Sentada en medio de la guerra legal, me permito pensar un momento en Lizzy. En la vida que hemos tenido juntas, solas las dos. Me he esforzado todos los días de mi vida para no ser una madre como Gretel, para ayudarla a que valore su individualidad, para hacerle saber que es perfecta como es. Sin embargo, no la veo sonreír radiante hasta que ve a su padre, sé que él ha sido una parte fundamental en su crianza, y no me permito ser tan egoísta como para negarle eso.

Solía preguntarme, ¿cómo hubiera sido ser criada por mi padre? Pero ahora me pregunto, ¿Cómo sería para Lizzy serlo?
—Señora Taylor, es ahora de dar su testimonio.

Observo a los hombres que tengo en frente. Sé que ambos han aportado mucho en la vida de mi hija. Ella no sería la niña que es sin ellos. Pero no me permito renunciar a ella. No puedo ser solo una visitante en sus años próximos.

Me quedan muchas lecciones por enseñarle.

—Estaba en una época muy oscura cuando Lizzy llegó a mi vida. Me estaba perdiendo a mí misma, sin saber lo que era en realidad, si era una esposa, una mujer, una amante; entonces tuve que ser una madre. No tuve el mejor ejemplo para eso. Mi madre era la mujer más retorcida que he conocido. Murió joven, a los 35 años.

La juez eleva las cejas interesada por mi historia.

— ¿Cómo murió?

—Ella...fue asesinada. Lo declararon crimen pasional.

— ¿Qué edad tenías cuando sucedió?

—Acababa de cumplir 18 años.

— ¿Qué hiciste después de eso?

Miro a mi abogado como pidiéndole consejo. ¿No se suponía que las preguntas vendrían después? El asiente como respuesta. Ella es la juez, puede llevar el juicio como mejor lo crea.

—Me busqué un empleo, vendí la casa de mi madre, me mudé a un departamento cerca de la ciudad y comencé una nueva vida allí. Lejos de los recuerdos.

— ¿Por qué querrías alejarte de los recuerdos? ¿Qué tan malos podría ser? Sé que mi rostro lo refleja, el

dolor, la tragedia, el maltrato.

—No quería ser más su hija. La hija de la mujer que fue asesinada por vanidad. Quería ser yo misma, reencontrarme. Entonces conocí a Paul, nos casamos, tuvimos una hija. Y de pronto comencé a vivir para mi familia. Pero no resultó como esperaba.

— ¿Por qué crees que no resultó?

—Nunca fui buena para las relaciones, no sabía cómo manejarlas. Admito que fue mi culpa. Mi humor cambiaba todo el tiempo y no es fácil para alguien tolerarlo. Pero una vez nos divorciamos y criamos a Lizzy por separado, todo

comenzó a mejorar. Siempre le dimos a Lizzy lo que necesitaba, nunca experimentó lo que yo experimente al criarme sin un padre.

Se hace un breve silencio, como el que precede a un terrible terremoto.

Le acercan a la juez un libro cerrado. Cierro los ojos y oro en silencio, “por favor que no sea lo que pienso”.

Alzo la vista hacia Paul, el parece más tranquilo de lo que estaba hace unos minutos. No sabía que podría llegar a jugarme sucio, pero lo hace. Después de todo, esta es una guerra, y el que ataque primero será el vencedor.

—Señora Taylor, ¿me puede decir que es lo que tengo en mi poder?

Observo la portada de mi libro, la máscara blanca tal cual decora la parte baja de mi espalda.

—Es mi libro, “Vanidad”.

— ¿Me podrías decir de qué trata?

Vuelvo a mirar a mi abogado en busca de la mejor respuesta.

—Su señoría, el contenido del libro está fuera de lugar.

—Es evidencia —Responde William—. Su señoría, podría ir a la página 124, por favor. —La juez le obedece. Presiono los dientes para contenerme de atacar al desgraciado —. Le pido que lea el tercer párrafo, por favor.

—Muy bien... —hojea las páginas y se detiene en el párrafo indicado—. *“Respira. Toma el puñal de acero con las ensangrentadas manos y respira. Lo deja caer golpeando el acero en la frágil madera que sostiene su*

cuerpo frente al cadáver. Afuera, las risas de los niños mientras juegan a la pelota. Mi corazón rebota de la excitación, me encantaría tomar de nuevo el puñal y atravesar con él el objeto de sus risas. Podría hipnotizarlos entonces y llevarlos hasta el infierno.”

Siento que puedo llorar de la rabia en este momento. Está usando mis propias palabras en mi contra cuando Paul sabe muy bien que escribí todo eso en una etapa oscura de mi vida, en la que buscaba encarcelar a mis propios demonios.

—Su señoría, el párrafo es subjetivo. Son sólo metáforas, la acusada no habla del infierno en realidad —. Defiende mi abogado.

La juez cierra el libro y lo coloca a un lado. Me mira a los ojos y puedo distinguir la empatía.

—Comprendo. Un buen libro solo define a una buena autora, así como una buena niña define a una buena madre. Y no cabe duda de que usted señora Taylor es ambas.

—Muchas gracias su señoría. —Le respondo sinceramente agradecida por el voto de confianza.

—Sin embargo, hay testimonios presentados por el demandante que me hacen dudar de su cordura.

— ¿Testimonios?

Y sucede, los rostros aparecen en mi mente mientras reproducen los audios que contienen los testimonios. La maestra de Lizzy, la madre de la niña que atacó, Meredith, incluso Katy. Todos hablan de lo buena niña que ella es, hasta que sus siniestros episodios aparecen. Todos impulsados por una fuerza en común, yo.

Me siento repentinamente derrotada por los hechos que mis lecciones han causado.

—Señora Taylor, ¿qué puede decir al respecto?

Se me presenta la oportunidad de defenderme pero yo no puedo pensar en un argumento confiable para justificar mis errores. Son errores después de todo, pueden reivindicarse pero nunca borrarse.

—Soy una buena narradora, su señoría, no hice más que contar buenas historias. Los hechos que acontecieron escapan de mi control, no soy yo la que los provocó — Pienso en las palabras que Rick me dijo hace unos días,

cuando las acusaciones empezaron—. No puedes culpar a todas las niñas por querer ser cenicienta, así como no puedes culpar a una madre por querer enseñarle buenas lecciones a su hija. Quiero que Lizzy sea dulce y amable con quienes la rodean, tanto como verla creer como una mujer fuerte y decidida, que defienda su punto de vista.

La juez asiente en concordancia con mis palabras, es el turno de Paul. Es el quien puede terminar con esto o impedir que lo haga.

— ¿Señor Davis?

Paul se niega a mirarme mientras explica: —No vine aquí hoy para separar a una madre de una hija —Doblo los ojos. Por supuesto que si —, lo digo en serio Bea, respeto todo lo que haces como madre y lo aprecio, pero no puedes negar que tu imaginación y los alcances de ella están afectando la crianza de Lizzy. Es decir, mira todo lo que está sucediendo a tu alrededor. Hay un asesino en la ciudad, un asesino que tú misma has creado...

— ¡Yo no cree un asesino! ¡Cree el villano de una historia! ¡El existía antes de plasmarlo en las páginas de un libro! —Le grito perdiendo de pronto el control.

La juez golpea el mazo en la mesa haciéndome callar.

—Señora Taylor, otro arranque como ese y tendré que sacarla de la sala.

—Lo siento, su
señoría. Respiro
profundo y me calmo.

—Continúe, Señor Davis.

—... Lo que intento decir, es que mi ex esposa debe hacerse cargo de sus propias acciones. Puede que no sea su culpa de que exista ese asesino, pero su libro es una excusa para su modus operandi. Las mujeres que está asesinando son tal como Bea describe a su madre. Todo está en su mente. Son cosas que la siguen perturbando, y mientras no resuelva aquello que la atormenta no puede criar a nuestra hija sin dejarle marcas psicológicas. Yo soy la calma y la serenidad que Lizzy necesita para mantener su cordura.

Escucho el sonido del reloj, las agujas parecen clavarse en mi pecho haciendo palpitar a mi corazón.

10 MINUTOS Y TODO HABRÁ ACABADO.

Diez minutos y podría perderlo todo.

— ¿Rick?

Diviso a mi editor acercándose. No trae buen aspecto lo que me da motivos para alertarme.

— ¿Paso algo malo?

—No me gusta ser el portador de las malas noticias.

—Observa a su alrededor y me hace a un lado.

—No quería decirte esto por teléfono así que decidí venir hasta aquí. Por cierto ¿Qué hay del juicio? ¿Cómo resultó?

—No importa eso ahora, dime que sucede.

Rick es uno de esos hombres incapaces de guardar la postura ante malas situaciones, así que lo veo en su estado corporal.

—Bien, solo lo diré. El director de la editorial retiró el libro de todas las librerías de la ciudad, y me exigió que te despidiera.

No reacciono ante la noticia, es algo que lo veía venir.

—No puedo decir que me sorprende. ¿Y qué lo llevo a tomar esa decisión?

—La enfermera que encontraron ayer... está en cuidados intensivos.

— ¿Cuidados intensivos? ¿Quieres decir que no está muerta?

—No importa eso Beatrice, déjame terminar. La enfermera que atacaron ayer, era la madre del director.

Me cubro los labios con una mano sorprendida, y me dejo caer en la banca frente a la sala de audiencias.

— ¿Su madre? ¡Dios! Pobre Thomson. —Todo es tan surrealista. Pensar que hace solo unos meses esta era una de las ciudades más seguras. Donde nada alarmante pasaba —. Pero no entiendo que tiene que ver con el libro ¿Por qué sería eso su detonante? Te lo aseguro Rick, el hombre que atacó a esa mujer no puede ser el mismo asesino. El asesino del bisturí ataca a las mujeres en la

sala de operaciones. Esta mujer era mi enfermera, no hizo nada malo más que cuidar de mí.

—Los ataques en el cuerpo de la mujer eran idénticos a los de las anteriores víctimas, Bea. La policía lo declaró esta mañana. Es el mismo asesino. Y no solo eso, ellos saben que fuiste tú la que llamaste para denunciar el caso. Te tienen en la mira.

— ¿Siguen pensando que soy la mente detrás del asesino?

—Aun peor. Ellos creen que eres la asesina.

Me digo a mi misma que esto no está pasando, si la policía me creyera la asesina ya habrían venido a por mí. Entonces los imagino fuera del poder judicial,

esperando al lado de mi auto. Listos para apresarme tan pronto la juez dicte que perdí la custodia de mi hija.

Siento que es el fin. Primero mi familia, mi carrera, ahora mi libertad.

Escucho la voz de Paul sentenciando: *“Debes buscar ayuda Bea, busca ayuda ahora antes de que todo lo que eres te consuma y consuma todo a tu alrededor”*. Si tan solo lo hubiera escuchado, si no hubiera pensado que ese maldito libro lo arreglaría. No puedes arreglar lo que nació y se crio para ser dañado.

La juez nos llama para dictar la sentencia y pienso en Gretel cuando acepta la demanda, veo su rostro grácil y joven, su sonrisa burlona y sus tersas manos aplaudiendo mientras susurra. *Mira nada más que terrible desastre.*

XIV

taque Acción violenta que se comete contra alguien o algo. Las consecuencias de un ataque pueden ser fatales.

Aunque a veces es solo una forma de supervivencia animal, la forma en la que se desquitan con su naturaleza.

Conducir solía ser mi escape cuando todo a mí alrededor se derrumbaba. Fue lo que hice luego de comprobar el cuerpo sin vida de mi madre en la morgue, conduje hasta el último lugar de la carretera, fumé un cigarrillo y decidí que haría con mi vida a continuación.

Hoy hago lo mismo, me pongo frente al volante y conduzco hacia lo último del sendero, con las voces en la radio sonando.

“...La organización WSW, Wolves Safe in the World, informó esta mañana que hay una manada de lobos de montaña migrando hacia la parte norte de la ciudad como resultado de la desaparición de los venados por la caza desmedida...” — Cambio de emisora descansando en una estación de música

armónica y es todo lo que necesito para dejar de contener la respiración.

Para cuando regreso a casa, el ocaso se ha puesto dándole la bienvenida a la noche. Me detengo en la entrada incapaz de poner un pie dentro sin desmoronarme, es desalentador saber que así será desde ahora, ningún saludo

ni recibimiento, solo mis pasos sordos en el suelo de madera y oscuridad. Ya no escucharé la risa de Lizzy en su habitación mientras canta las canciones de sus dibujos animados, no habrá a quien darle las buenas noches, para quien crear nuevas historias de princesas, no tendré para quien pelear por la Barbie sirena esta navidad.

Dejo mi mano descansando en la manija de la puerta y apoyo la frente en ella sollozando patéticamente.

Estoy sola, ya es un hecho. Después de todo Gretel tenía razón.

Termino entrando en la casa y descubro que en realidad no estoy tan sola como esperé.

—Señora Taylor, que bueno que llegó. La estaba esperando.

Gapson Cordey me dedica una sonrisa y en ella distingo su propósito antes de que lo mencione siquiera.

El silbido del hervidor me lleva hasta la cocina y preparo dos tazas de café caliente.

Llevo ambas hacia la mesa de la sala y me siento en frente de Gapson. Lleva un distinguido traje que hubiera tenido que insistir a Paul por lo menos tres veces para usar, y unos zapatos impecablemente lustrados justo como los que William siempre lleva.

Es un hombre atractivo, a pesar de la frialdad que refleja su mirada.

— ¿Qué tan amargo lo quiere? —Le pregunto al detective.

—Bastante amargo —Me responde.

El hombre de mediana edad saca su grabadora y su libreta.

—Decidí venir solo para que sienta esto como una visita de cortesía más no como un interrogatorio.

—Las cosas son como son a pesar de lo que aparenten.

El detective apoya los codos en la mesa y me observa directo a los ojos. Tomo un sorbo de café sin dejarme intimidar por su mirada, sin embargo mis manos están temblando sin obedecer mi cometido.

—No me había dado cuenta de la peculiaridad de sus ojos.

—Para ser un detective es muy poco observador.

—Así es, soy más de indagar en los hechos y eso es lo que pretendo hacer. — No necesito ver hacia donde se dirigen sus dedos para saber que acaba de encender la grabadora—. Señora Taylor, ¿me puede decir donde estuvo la noche del 22 de septiembre?

Solo entonces me permito pensar en ello, la noche del 22, la noche del primer asesinato. Es extraño, pero no recuerdo exactamente qué fue lo que hice.

—Pues... era sábado, así que supongo dejé a Lizzy con su padre, regresé a casa y me puse a trabajar en mis escritos como siempre hago.

— ¿Supone?

El tono de su voz me sugiere que cualquier inseguridad en mi testimonio podría costarme demasiado, así que me aseguro de ser más fiable con mis palabras.

—Dije supongo porque es parte de mi rutina y es algo que nunca cambió.

— ¿Entonces es lo que hace todas las semanas? ¿Deja a su hija con su ex esposo?

—Así es, es parte del trato que teníamos antes del juicio —Me doy cuenta de que esa rutina no volverá y no puedo evitar sentir una opresión en el pecho—. Ella estaría conmigo de lunes a viernes y los fines de semana serían suyos.

Gapson afirma apuntando borrones en su libreta.

—Siento mucho que haya perdido la custodia, Señora Taylor. Me hubiera gustado haber podido esperar a otro día para hacerle esta visita pero espero entienda que esto es de suma urgencia —Afirmo. — Ahora bien, ¿Se da cuenta de que todos los asesinatos ocurrieron en fines de semana?

Mis vellos se erizan de los nervios, mi corazón se agita con el tic tac del reloj, juntos forman una aterradora melodía.

—No hasta ahora que lo menciona.

— ¿Es usted muy fiel a su rutina?

—No porque quiera serlo, simplemente la necesito. Usted debe saber cómo son los niños, siempre causan uno que otro alboroto cuando están en casa, por muy

pequeño que fuese. Es imposible concentrarse con uno cerca. Así que aprovecho los fines de semana para trabajar incansablemente en mi nuevo manuscrito.

— ¿Tiene un horario definido para eso?

—No, en realidad. Eso depende de cuando llegue la inspiración, puede ser de día o de noche. A veces necesito ver documentales en el día. Eso me ayuda a cansar a mi mente por la lluvia de información y es cuando ella se relaja lo suficiente como para comenzar a crear.

—Señora Taylor, ¿cómo puede probar que permanece todo el fin de semana en casa trabajando en su manuscrito?, ¿cómo sé que no ocupa algunas horas de ese tiempo para salir de casa, recorrer los quirófanos más cercanos y apuñalar a una mujer en medio de una operación?, ¿tiene algún testigo?

Pienso en hablar de mi vecina, la señora Pons, quien siempre está en la ventana enterándose de lo que los vecinos hacen, pero imagino que el hecho de estar parcialmente ciega la hace un testigo poco fiable.

Sin embargo se de otro testigo que no puede fallar.

Traigo mi computadora y le muestro mis archivos. La fecha de creación de cada uno de ellos aparece allí.

Sábado 22 de septiembre a las 11pm. Sábado 29 septiembre a las 7pm. Sábado 5 octubre a las 2 am.

—Muy bien —Gapson cierra el aparato y observa el arcoíris de mis ojos—. Es suficiente evidencia.

— ¿Quiere decir que me dejará en paz?

El detective apaga la grabadora y se toma su café de un solo sorbo.

—Por ahora.

Coge su abrigo y camina hacia la puerta de salida, en una sola marcha. Lo despido de la forma más amable que me permito y regreso al sonido de mis pensamientos. Estoy aliviada porque me haya creído, aunque, no estoy tan segura de que yo lo haga. La presencia del detective me ha hecho darme cuenta de que en efecto no recuerdo del todo lo sucedido esas noches, las noches de las muertes. Y peor aún, no recuerdo haber escrito las palabras que me muestra la pantalla del ordenador.

Aparto esos pensamientos y me dedico a limpiar el desorden en la casa. Me siento desorientada, como si el espacio que me rodeara fuese demasiado amplio para mí.

El reloj marca las 7:00 en punto y abro el primer cajón en busca de un tarro de leche, instantáneamente. Es mientras termino de servirla en la taza rosada con la imagen de un conejo cuando recuerdo que no tengo porque prepararla.

Oculto mi rostro entre mis manos y dejo pasar mi torpeza para luego subir al segundo piso. El simple hecho de recorrer ese pasillo me perturba por lo mucho que me trasporta hacia Lizzy.

¿Qué estará haciendo ella ahora?, ¿ya habrá llegado donde su padre desde el centro de servicios infantiles o permanecerá esta noche allí?, ¿estará feliz o se sentirá tan incompleta como yo?

No pasan dos minutos más hasta que me siento asfixiar. El aire sombrío que respiro dentro de la casa me está matando. Necesito salir de aquí, necesito liberar mis pensamientos. Necesito hacer una visita.

Tomo mi abrigo de pieles, me calzo mis mejores zapatos y voy de regreso al hospital de la Dulce Esperanza. Me voy directo hacia cuidados intensivos y pregunto por la enfermera de las uñas carmín.

— ¿Es familiar directo? —Me pregunta la recepcionista.

—No, en realidad.

—Lo siento, pero no puede ingresar a verla si no lo es.

—Solo quiero saber cuál es su estado.

La mujer parece haber tenido un buen día por lo que no me da evasivas cuando me dice: —Ella despertó hace unas horas pero permanece en cuidados intensivos.

Quizás pueda regresar más adelante, cuando esté más recuperada.

Cuando salgo del hospital me siento más ligera, como si cargara una vida menos sobre mis hombros, lo cual tiene bastante sentido.

El aire gélido de la noche me congela los labios y tengo que recorrer mi lengua por ellos para evitar que se me congelen. Palmeo las manos y busco mi auto con la mirada. Es extraño porque no lo detecto en el lugar en el que lo dejé.

Recorro la larga fila de autos y sigo sin hallarlo. Doy un giro completo por el aparcamiento sin querer rendirme. ¡Es el colmo! Ser robada en un día pésimo como este. ¿Qué podría ser peor?

Sigo el camino que lleva hacia la entrada del bosque sin verlo en absoluto. Pienso en denunciar la desaparición pero el hecho de tener que estar en una comisaría me agota.

Solo queda una cosa que hacer, caminar unas cuabras hasta la estación de buses. Veo el lado positivo, quizás eso despeje mi mente de las terribles pérdidas sufridas en el día.

Oculto los dedos en mi saco y camino, maldigo mi elección de tacones pero sigo adelante. El dolor del cuerpo reemplaza el dolor del alma.

Un susurro entre las oleadas del viento me distrae de mi objetivo. Me niego a creer que es Gretel de nuevo, molestándome. Me enfoco de nuevo en el camino ignorando el hecho de que estoy sola, en medio de la oscuridad, y que eso me hace una presa fácil para las almas en pena, o para las bestias de la noche.

Pienso que el ser humano distingue el peligro, aún antes de que te aseche, y es lo que hago ahora. Distingo el peligro incluso antes de sentir las garras del animal rompiendo mi abrigo, incluso antes del dolor que sus afilados dientes penetrando en mi carne me provoca. Lo distingo incluso antes de terminar tirada en el suelo,

arrastrándome hasta la estación, con mi sangre mezclándose con la tierra. Suplicando por piedad, suplicando por mi madre muerta, y por mi hija perdida.

XV

*So
breviviente Persona que
resulta con vida luego de
vivir un peligro extremo o
ataque.*

*El ser humano así como los animales están diseñados
para sobrevivir. Sin embargo, a veces
lo que nos mata no es el peligro, ni el
dolor físico o la enfermedad. Nos mata
la gran capacidad que tenemos para
sentir y la facilidad que tenemos para
enloquecer.*

El olor a antiséptico mezclado con el terror me despierta abruptamente. Mis ojos tardan en adaptarse a la intensa luz brillante que los apuntan. Observo al terrible animal inclinado sobre mí, mostrando sus afilados dientes. Sin duda es un lobo salvaje, uno muy hambriento. Puedo sentir como se alimenta de mi miedo, y luego de mi piel. Siento el primer mordisco en la pierna derecha, escucho el sonido de un hueso rompiéndose. Parpadeo dos veces seguidas en un esfuerzo por tener el control de la situación.

En cuando puedo ver claramente, deseo no hacerlo. Es como una de mis tantas pesadillas en las que quedó

atrapada dentro de mi libro, como la próxima víctima del “asesino del bisturí”.

Soy incapaz de moverme, incapaz de hacer el frágil intento de escapar. El atacante no es un animal, es un hombre con una mascarilla de plástico, apuntando no sus afilados dientes sino las cuchillas hacia mí.

Ni siquiera recuerdo como regresé a casa luego del ataque, pero estoy aquí, recostada en la habitación de Lizzy, durmiendo abrazada de su peluche favorito. No sé si es la pena o el cansancio, pero se siente como si hubiera dormido por días.

Hago ademán de levantarme de la cama pero mis músculos no obedecen, en lugar de eso cosquillean en la parte baja de mi pantorrilla derecha, convirtiéndose en un intento dolor.

Bajo la mirada hacia la zona afectada, descubriendo una enorme venda enrojecida con mi sangre. Me inclino y la desato cuidadosamente, lo que descubro me hiela la piel. La herida luce tan desagradable que me provoca vomitar en el suelo tapizado con los dibujos de *hello kitty*.

Me sostengo a mí misma y me recuesto, la habitación luce borrosa de repente, girando como una niña en un carrusel. No recuerdo nada desde que caí desmayada en medio de calle pero puedo imaginar lo que pasó. Algún transeúnte pudo haberme socorrido, me llevó a un hospital donde me limpiaron la herida y al ver que no era tan grave me mandaron a casa con sólo unos analgésicos. Quizás me dirigí a la habitación de Lizzy por lo mucho que me hacía falta y me quedé dormida varias horas desde entonces, olvidando los medicamentos y provocando con eso que la herida empeorará. La pus es abundante ahora y la infección me produce fiebre. Escucho a alguien

taladrando en la cocina, es como si golpeará el martillo dentro de mi cabeza. Temo haber comenzado a alucinar.

— ¡Beatrice, baja ya a desayunar!

Me sostengo la cabeza para evitar que siga girando. “Para, ya —me digo—, no es mi madre a la que escucho”.

— ¡Beatrice! ¡Date prisa!

“Muy bien. Sólo sigue la corriente y acabará”.

Debo sostenerme de las paredes para poder llegar hasta la cocina, por suerte la habitación de Lizzy está a solo dos cuartos de ello, no sé cómo hubiera logrado bajar por la escalera.

En cuanto más me acerco a la puerta mi cuerpo tiembla con más determinación. No deseo verla de nuevo, aunque sea como lo opuesto a su cadáver o como la madre que recuerdo.

—Apresura el paso, niña. No tengo todo el día.

La observo de espaldas, moviendo el guiso que preparaba siempre que debía salir temprano para una cita. Su cabello apenas le llega a los hombros, tiene algunos mechones claros. Recuerdo que se los tiñó de la misma forma luego de terminar con alguno de sus novios. Entonces sé a cuál versión de mi madre veré. Veo sus notables arrugas incluso antes de que voltee. Las raíces blancas en su cuero cabelludo, sus senos ligeramente caídos, su cintura ancha. Es mi madre versión anciana.

—Allí estás, ven aquí y termina de preparar el guiso.

— ¿A dónde tienes que ir?

—Mi reumatólogo me invitó a por un café esta mañana —cuenta con una sonrisa radiante en el rostro—. No es algo que suceda todos los días, una anciana como yo saliendo con un hombre decente. Si juego bien mis cartas quizás en unos meses podría estar caminando al altar.

—No puedo creer que aún pienses en eso.

—Cariño, nunca es tarde para que se cumplan los sueños de una. Sino mírate, acabas de terminar tu doctorado en criminología. Ahora eres una excelente escritora de suspenso, aún mejor de lo que eras —*“Anciana o no, de ninguna manera es esta mi madre”*,

me digo—. Y mira a Elizabeth, una estudiante destacada en finanzas que está por emprender su propio negocio. — Termina de mover el guiso y tararea contenta—. Pronto seremos una familia feliz.

—Entonces estas aquí, viva. —me cruzo de brazos en el pecho plano. —Y pretendes que siga cayendo en la trampa.

— ¿De que estas hablando Bea?, empiezas a delirar igual que siempre. No me extraña que William te dejará al igual que su hermano lo hizo.

“Muy bien, esta se parece más a mi madre”.

— ¿Qué has venido a decirme?—me acerco a ella con una leve cojera, imaginando que el sudor de mi frente toca el piso—. Cuando vas a aprender que

a diferencia de ti yo soy capaz de valerme por mi misma, que soy capaz de descubrir una farsa cuando la tengo en frente, pero sobretodo... —me planto frente a ella—..., que soy capaz de desenterrar un cadáver.

Gretel me regala una sonrisa siniestra, seguida de una risa maquiavélica que va deformando su rostro de anciana feliz hasta transformarla en el horrendo cadáver que tuve que identificar en la morgue; ojos hundidos, cabeza calva, piel demacrada, labios ensangrentados.

El cadáver sigue riendo deteniéndose solo ante mi mirada depánico.

—Que astuta Beatrice, distorsionando el espejismo de la madre que pude ser. Sin embargo hay una farsa más grande que te falta descubrir. Quizás deberías empezar a buscar pistas, antes de que estas te encuentren a ti.

Retrocedo un paso, dos pasos, luego tres, hasta quedar atrapada contra la puerta. Me invade una rabia desmedida contra ella y ya no puedo pensar en nada más que en hacerla pagar, hacerla pagar por los años que me hizo sentir que no valía nada, por los años siguientes en los que tuve que aprender a valerme por mí misma, en hacerla pagar por ser la causa de mis demonios. Me impulso hacia delante, hacia el espacio que acababa de abrir entre nosotras, empuño mis manos lista para golpearla pero Gretel no me permite desquitarme, me da una última sonrisa antes de desvanecerse, dejándome suspendida en el aire sin quedarme otro remedio que verla desaparecer.

La pantorrilla me arde, parece como si alguien me estuviera prendiendo fuego. Me decido por regresar a la habitación de Lizzy y descansar hasta que deje de delirar, hasta que deje de escuchar la risa de Gretel a mis espaldas.

Llego hasta la habitación apoyándome en las frías paredes otra vez, sabiendo que son mi única compañía. Me desvanezco antes de llegar a la cama, pero no me rindo. Utilizo todas las fuerzas que me quedan para subir a la cama. Puede que hubiese sido una buena idea probar el guiso de Gretel antes de obligarla a marcharse, quizás hubiese tenido un poco más de fuerzas ahora.

Recuesto mi cabeza en la almohada bañándola de sudor. En cuanto la apoyo siento un objeto duro debajo. Cojo el objeto y lo alzo hacia mi vista distorsionada.

No doy crédito a lo que veo, sin saber si es otra de mis alucinaciones, porque es imposible que Lizzy guardara aquello bajo la almohada. No encaja con el concepto que tengo de ella, ni con el de cualquier otra niña de su edad. Ni siquiera en un mundo paralelo imaginé que ella leería mi libro, ni que guardará un bisturí dentro de él.

XVI

nocente Persona que está libre de culpa o pecado. Los inocentes suelen pagar por los culpables, y sus almas acaban corrompidas, quemadas por el incendio que se enciende a sus alrededores. Y quedan convertidos en cenizas.

22 de septiembre. Preparé temprano el desayuno, vestí a Lizzy y empaqué su mochila con todo lo necesario para pasar el fin de semana con su padre. La escolté hasta la puerta de casa de Paul, y toqué el timbre antes de marcharme. Giré una última vez para decirle adiós mientras ella me gritaba: *“Te quiero, mami”*. No esperé hasta que abrieran la puerta, en aquel entonces aún me costaba ver a mi ex esposo sin que los recuerdos de nuestros momentos felices versus los momentos miserables invadieran mi mente.

No vi a Lizzy entrar, no hablé con ella el fin de semana — en mi intento por darle espacio con su padre—no puedo relatar lo que Lizzy hizo aquel fin de semana. Entonces, ¿cómo puedo asegurar que ella no es la niña psicópata que me acaban de mostrar las pistas?

29 septiembre. La misma rutina se repitió.

5 octubre. No hay nada distinto, además del hecho de que aquel día si la observé entrar, incluso le ofrecí un saludo cordial a mi ex esposo. Aparte de eso,

no tengo mayor información de cómo fue su fin de semana. Ni ese, ni el anterior. Las noches que coinciden con los asesinatos.

Mis manos tiemblan mientras paso las páginas de *Vanidad*. Detengo mis ojos en un fragmento que capta mi atención: *“Hay una voz en mi cabeza, una voz que no deja de gritar, se nutre de mis miedos, se ríe de mis debilidades. Toma el control, a nada le teme, empuña el arma, no se detiene. Me hace más fuerte, inquebrantable, una flamante bestia incontrolable”*.

Yo soy las voces en su cabeza, soy la que le hizo esto a Lizzy, como Gretel me lo hizo a mí.

Lanzo el libro lejos de mi vista, odiándolo con lo que me queda de fuerzas, con el resto rompo a llorar.

—No llores mami, no llores por favor.

La veo sentada a mi lado, con sus pequeños dedos entretenidos en mi cabello.

—Yo voy a arreglarlo.

Ella es más pequeña de lo que es ahora. Seis años, dos coletas altas, una radiante sonrisa con la que me dice que todo estará bien.

Me observo en el espejo de su escritorio, traigo bolsas en los ojos, piel pálida, y el cabello esponjado de un horrendo tono rojizo. Estoy en el pasado, el día siguiente de mi divorcio, cuando decidí que un cambio de apariencia me ayudaría a salir de la burbuja de desdicha en la que me había encerrado.

—Mira, mami. Ya estas más bonita.

Lizzy me ha cepillado el cabello alisándolo, me ha dejado a un lado el flequillo y me ha levantado el resto en una coleta.

Me abraza por la espalda y me da un beso en la mejilla.

—Eres hermosa, mami.

Sonrío a mi reflejo mirando sus ojos inocentes a través de él, asegurándome de no parpadear porque sé que su imagen se desvanecerá cuando lo haga, al igual que mi furia hizo desaparecer a mi madre.

—Te amo Lizzy y solo quiero lo mejor para ti. Dime algo, ¿qué pensarías de ir a vivir con tu padre?

Ella niega compulsivamente, sacudiendo sus coletas.

—No, mami. No me hagas ir allí.

—Lizzy, tu padre te extraña mucho. Él te dará todo lo que te haga falta, cosas que yo no puedo ofrecerte.

—Pero yo no quiero, no quiero ir con él. Papá nunca tiene tiempo para hacerme reír, no juega conmigo y no me cuenta historias para dormir.

—Quizás sea lo mejor.

— ¿Por qué dices eso, mami?, ¿ya no me quieres aquí?, ¿te aburro? Se cruza de brazos y hace un puchero de molestia.

—Claro que no mi niña. Solo quiero que sepas que tienes otras opciones, y que a pesar de lo mucho que lo quiera no siempre seremos tú y yo —volteo, tomo sus pequeños dedos entre los míos y doy un beso amoroso en el enlace—. Además, donde tu padre podrás ver a tu tío William, ¿acaso no le echas de menos?

De pronto algo en Lizzy se torna distinto, sus ojos adoptan un tono siniestro y sus labios se curvan en una media sonrisa que nunca la vi esbozar. Las palabras que pronuncia a continuación me erizan la piel.

—*Yo no lo extraño mami, es una bestia fuera de control.*

Dicho eso desaparece en medio de mis parpadeos.

Cuando me observo en el espejo vuelvo a ser yo misma, o bueno, la versión de mi misma que ha sobrevivido luego del ataque y las alucinaciones. La fiebre parece haber empeorado, mi cuerpo no deja de tiritar, mis músculos de doler, mi mente de desvariar.

No puedo hacer otra cosa que ir a por un médico, pero cuando intento levantarme me doy cuenta de que soy incapaz de hacerlo por mí misma. Opto por tomar el teléfono y pedir ayuda. En cuanto lo hago me doy cuenta de que no tengo idea de a quien llamar. Sólo existen dos hombres a los que puedo importarles por lo menos un poco, por distintas razones. Uno, porque soy la madre de su hija. Y el otro porque soy la mujer que a pesar de los años sigue siendo la razón de sus deseos lujuriosos.

Las palabras que me dijo Lizzy me hacen titubear por un segundo cuando él contesta, pero tan pronto siento el intenso dolor en mi pantorrilla decido que no tengo otra opción.

—Hola, William, soy Beatrice, ¿Podrías pasar por mi casa? Necesito que me lleves al hospital... Sí, es urgente..., fui atacada por un animal..., me siento muy débil, no puedo moverme... Por favor, date prisa, no sé si resista por mucho tiempo...

XVII

7

*raición Falta a la palabra
de una persona o acción
contraria a la lealtad y
fidelidad. La traición a
veces viene de quien
menos lo esperas y de
en quien más confías.*

Un defecto humano que no se ha de erradicar.

El resto de mis fuerzas me han abandonado, no puedo hacer nada más para salvarme de mi destino. Caigo inconsciente en los brazos de mi rescatista.

A donde mis sueños me llevan hay solo oscuridad, no hay sueños ni fantasmas y por primera vez en mucho tiempo me siento a salvo. Sé que estoy muriendo, que pronto aparecerá la brillante luz que me lleve hacia mi próxima vida.

Lo siento por Lizzy, por la madre que perderá, sin embargo sé que estará mejor sin mi influencia en su vida, sé que sin ella podrá por fin ser solo una niña.

No me asusta la muerte, no puede ser peor que la vida. Cosechas lo que siembras, y durante todos mis días he hecho lo mejor que he podido para convertirme en una buena mujer, no ha sido fácil, he tenido mil y una razones

para fallar en el intento, me siento orgullosa por no haber perecido.

Creo firmemente que existe la justicia tras la muerte, y ahora solo espero recibir lo que me he ganado. Dicen que cuando mueres la primera persona con la

que te encuentras es tu ser más querido, antes incluso de ver a Jesús. Solo espero que él sepa que aquel ser no es mi madre.

En lugar de la muerte todo lo que recibo es dolor y tormento. Al principio pienso que están taladrando en mi tumba, con tanta fuerza que me han hecho despertar de la muerte. Al final, debo aceptar que permanezco viva.

Prisionera de mi propio cuerpo inconsciente, comienzo a escuchar. A mi lado, la voz somnolienta de mi amante recita: *“Cuando terminó, Cayetano tomó la mano de Sierva María y la puso sobre su corazón. Ella sintió dentro el fragor de su tormenta. Siempre estoy aquí, dijo él”*.

Reconozco la obra al instante en que las palabras surgen de sus labios. Sé lo que intenta hacer, él quiere evocar mis recuerdos.

William continúa con la lectura: *“Y sin darle tiempo al pánico se liberó de la materia turbia que le impedía vivir. Le confesó que no tenía un instante sin pensar en ella, que cuanto comía y bebía tenía el sabor de ella, que la vida era ella a toda hora y en todas partes, como sólo Dios tenía el derecho y el poder de serlo, y que el gozo supremo de su corazón sería morir con ella.”*

En mi adolescencia, luego de haber sido sometida a la operación de mis senos, los chicos comenzaron a notarme. Había uno en particular. William Davis era su nombre, en aquel entonces solo Will. Se había pasado la clase de lengua delante de la clase leyendo la famosa obra de Gabriel García Márquez “Del amor y otros demonios”, como castigo por gastarle una broma al maestro. Su voz

estaba entumecida por pasarse 40 minutos leyendo en voz alta, todos a mí alrededor dormían agotados por la sonoridad, el maestro leía el periódico con una sonrisa de satisfacción en el rostro, y yo adolorida como estaba por la recuperación y el trauma ocasionado no podía hacer otra cosa que no fuese escucharle. El leyendo, yo escuchando; el mirándome, y yo mirándolo. La conexión sucedió casi de inmediato.

Will nunca se me acercó para invitarme a salir, le importaba demasiado lo que otros pensaban y decían, yo era la zorra del instituto, fácil de conseguir y difícil de conservar. Pero Paul, su hermano, era diferente, para él yo era suficiente y eso

nos llevó a contraer matrimonio. Pero la conexión con Will nunca se perdió, cada vez que lo veía recordaba sus ojos sobre mí aquel día en clase, recordaba lo excitante que sonaba su voz en mis oídos, y ¡cuán maravilloso era vivir un amor imposible!

Ahora, él me regresaba de la muerte de la misma forma en que me había hecho entrar en su vida. Con los cautivantes párrafos de una novela, que irónicamente tenía una trama similar a la que yo vivía en este momento. Una niña que sobrevive a la mordida de un perro rabioso, un sacerdote encargado de exorcizarla de sus demonios, viven un fatídico romance que termina en la inevitable muerte de la niña.

La voz de William vuelve a tomar mis pensamientos, arrebatando toda la esperanza que me queda de arrastrarme hasta una tranquila muerte.

“Siguió hablándole sin mirarla, con la misma fluidez y el calor con que recitaba, hasta que tuvo la impresión de que Sierva María se había dormido. Pero estaba despierta, fijos en él sus ojos de cierva azorada. Apenas se atrevió a preguntar: ¿Y ahora?. Ahora nada, dijo él. Me basta con que lo sepas.”

Mis músculos comienzan a reaccionar y me sacudo involuntariamente, leves convulsiones provocadas por la fiebre. Al abrir los ojos espero encontrar el intenso blanco de los hospitales, la fría sensación de la muerte rondando,

pero todo lo que veo es oscuro y la sensación cálida de la chimenea encendida frente a mí.

Estoy recostada en el suelo, con almohadas a mí alrededor y la mano de William sosteniendo la mía.

— ¿En dónde estoy?

Pregunto levantando mi delgado cuerpo e intentando verlo a los ojos.

—Estas en casa, querida. Recuéstate, deja que continúe.

Su trato para conmigo es dulce y amoroso, el mismo trato que me ofreció en nuestra primera noche juntos.

—Esta no es mi casa —decido una vez que inspecciono la habitación—, ni tampoco el hospital al que te pedí que me llevaras.

Me incorporo de golpe provocando un fuerte mareo y un intenso dolor en la pantorrilla derecha. Bajo la mirada encontrando mi pierna morada he hinchada, me ahogo con mi propio grito.

— ¿Qué es esto?, ¿qué sucede?

Me dejo llevar por el pánico que me produce la confusión.

—Querida, hazme caso y recuéstate.

—No hasta que me digas donde estoy.

—Estamos en mi departamento.

Me dice con mucha calma y paciencia. Este no es para nada el hombre que conozco. Sus ojos claros tienen una quietud que es casi escalofriante.

— ¿Por qué no estoy en el hospital?

—Yo no me preocuparía por eso ahora. El doctor Richard vendrá en cualquier momento. Pero claro, para entonces debe haber pasado la tormenta.

Solo entonces observo el exterior, efectivamente hay una tormenta eléctrica desatada.

Siento como la sangre se me hela con la terrible sensación de que estaré atrapada aquí para siempre, muriendo lentamente de dolor.

Cierro los ojos y aspiro profundo.

— ¿Por qué me llamaste?

William se inquieta cuando observa mi estado.

—Fuiste tú quien me llamaste a mí, ¿recuerdas?

—No es eso a lo que me refiero. Hablo del ahora, cuando leías para mí, me despertaste de la muerte.

Él luce muy seguro de sí mismo cuando responde.

—No despiertas de la muerte a alguien que todavía vive, Bea.

Se mueve más cerca de mí y me toma de la cintura, se impulsa hacia delante logrando que me recueste. Aunque su cuerpo se mueva sensual sobre el mío, las sensaciones que me produce no tienen nada que ver con la atracción, ya no confío más en él ni en nadie y eso me produce miedo.

Me cubre con una manta de colores artesanales y me acerca una taza de la cual sale un delicioso aroma a hierbas.

—Tómalo, te hará recuperar fuerzas.

—No puedo pensar en beber nada en este momento.

El dolor me hace maldecir por lo bajo. Nunca había experimentado un dolor semejante. ¡Qué diablos tenían los colmillos de ese lobo!

William hace la taza a un lado, luego me mira fijamente, parece notar algo en mi mirada porque frunce el ceño.

— ¿Sabes que el reflejo de la chimenea le da un color distinto a tus ojos?

—No es la chimenea. Eleva las cejas y sonrío.

—Nunca lo había notado.

—No me sorprende para nada, estabas muy ocupado con otras partes de mi cuerpo.

Mi tono fastidioso y acusatorio ha dado resultado, él parece ligeramente avergonzado de mi acusación. Desearía poder continuar la discusión y decirle todo aquello que me ha lastimado de sus actitudes pero estoy muy ocupada sintiendo el intenso dolor que va desde mi pantorrilla hasta mi cabeza, quemando todo mi cuerpo en llamas ardientes.

Mi cuerpo convulsiona de nuevo, esta vez me hace retorcerme por un tiempo mayor. Mi respiración se mantiene agitada cuando mi cuerpo se detiene.

—Calma Bea, estarás bien.

William se recuesta a mi lado, posa las manos en mi cuerpo y me abre la camisa para rodear sus cálidos brazos en mi piel fría. Sé que mi pecho debe tener un aspecto terrible, lo que menos deseo en este momento es que alguien lo mire, pero estoy muy vulnerable ahora como para impedirlo —Voy a calentarte.

Mi respiración sigue agitada, es como si mis pulmones se esforzaran cada vez más para respirar.

—Estoy muriendo —Aseguro mientras me conduzco hacia la oscuridad de nuevo.

Él me acerca más a su cuerpo cargando conmigo. Mi mente comienza a desvariar de nuevo y puedo escucharlo en mi fantasía.

—Así es, Bea, estás muriendo. ¿Qué se siente saber que lo harás en mis brazos?

¿Qué se siente saber que te arrancaré el corazón como tú me arrancaste el mío?

Me levanta del suelo apoyándome en su hombro, me aseguro de hacer una última pregunta antes de hallar la oscuridad.

— ¿A dónde me llevas?

No titubea cuando me dice: *—A mi laboratorio, donde el asesino del bisturí espera por ti.*

Están taladrando de nuevo. Un martillazo. Dos martillazos. Tres martillazos. El sonido grave y tosco cambia por uno agudísimo, es como un zumbido de enormes abejorros, parecen haber miles de ellos en mis oídos.

Quiero gritarles que se callen pero de mis labios no sale ninguna palabra. Quiero cubrir mis oídos para dejar de escucharlos pero mis manos están inmóviles. Mis parpados pesan como piedras, necesito de un esfuerzo constante para abrirlos.

No pasa mucho hasta que recupero mi visión clara y puedo ver que estoy rodeada de instrumental, echada en una camilla de hospital, con dos doctores listos para abrir mi cuerpo.

Uno se quita la mascarilla revelando su identidad. Es el doctor Richard.

—Pásame el bisturí.

El otro hombre con mascarilla obedece, por su complexión y por la frialdad de su mirada puedo adivinar que es William.

— ¡Esperen! —Mi lengua no está adormecida más— ¡No lo hagan! ¡Estoy despierta! ¡No lo hagan!

Hago el intento de moverme de la cama, mis manos están atadas a los costados, mis piernas igual. No tengo escapatoria más que pedir ayuda.

Observo a mi costado derecho, lo que veo me roba toda esperanza. Hay una mujer desmayada, con un agujero en el pecho del que no deja de brotar sangre. Su oscuro cabello roza el suelo y me permite ver su rostro. Tiene la piel estirada, aun así puedo notar su edad avanzada.

A mi izquierda, otra mujer cuyo agujero se encuentra en el estómago me mira con sus ojos oscuros hundidos. La identifico de las noticias, es una de las víctimas del Asesino del Bisturí.

El escenario es tan grotesco que quiero vomitar pero todo lo que hago es salivar por la comisura de los labios.

—William, sujeta su cabeza, creo que tenemos dos ojos peculiares allí. Podrían sernos de utilidad.

William hace lo que Richard le pide y me coge la cabeza con sus guantes quirúrgicos.

— ¡No, William, por favor! Piensa en Lizzy, piensa en lo que significará para ella enterarse de que su tío asesino a su madre.

Pero el no parece escucharme, no hace algún gesto siquiera. Parece un robot, el robot aprendiz de un asesino.

El doctor Richard coge el bisturí, se vuelve a colocar la mascarilla y camina por mi lado derecho acercándose a mi cabeza.

—¡William! ¡Detengo, por favor!

Es alguien más quien me obedece.

El taladro vuelve a golpear, esta vez no está en mis oídos. Es la cabeza del doctor Richard golpeando el suelo.

Tras de mi William lanza un grito descomunal cuando la mujer que dormía a mi lado izquierdo atraviesa su cuello con unas tijeras. La sangre brota a cántaros. Frente a mí la mujer mayor del cabello negro sonrío mientras presiona sus finos tacones en el ojo del doctor Richard. Veo al ojo rodar hasta quedar a la altura de los míos.

Vuelvo a hacer el intento de pararme descubriendo que mis manos y piernas están desatadas. Bajo de la cama tropezando con el cuerpo de William y golpeando mi nariz en el piso. Llevada por la adrenalina me vuelvo a poner de pie.

Una de las mujeres me sonríe, veo los gusanos saliendo de su boca, es un cadáver andante.

Consigo dar tres pasos antes de que mi visión se vuelva borrosa por enésima vez y caiga de rodillas en el piso. Observo sus tacones, sus piernas pálidas y luego las miro a ellas, rodeándome. Ambas todavía tienen los agujeros en sus cuerpos, puedo notar los intestinos de la mujer de mi izquierda.

Se pasean como zombies a mí alrededor, haciendo el mismo sonido que escuche del lobo hambriento antes de atacarme. De pronto tengo la breve certeza de que esto no puede ser real.

XVIII

Salvación Liberación, solución a los problemas que afligen.

La salvación puede ser también el refugio de un alma perdida, Y el socorro al calvario por el que pasamos los seres vivientes.

El fin del tormento, y el comienzo de la paz.

—Señora Taylor... ¿Señora Taylor?...

Mis párpados se abren voluntariamente con su llamado y recuerdo en donde estoy. El sonido del reloj me indica que faltan muchos minutos para que la sesión se termine. Así como el calendario me indica que muchos días han transcurrido desde que me diagnosticaron Esquizofrenia Paranoide, se han derribado montañas y construido edificios. Me han recetado medicamentos antipsicóticos y derivados, con el mejor especialista de la ciudad.

El doctor me mira con atención, analizando cada uno de mis gestos. Estoy acostumbrada a ello desde que comencé con mis sesiones tres veces por semana.

— ¿Recuerda que fue lo que pasó después? —Me pregunta nuevamente.

— ¿Después de que los cadáveres de esas mujeres me asecharan?, pues, no mucho. Es difícil saber distinguir lo real de lo imaginario.

El doctor Cristopher me sonríe, el posee una sonrisa cálida, de aquellas que transmiten confianza y seguridad. Fue así desde el primer día en que lo vi, el día en que me encontraron desmayada en el sótano de una institución médica, en medio de un ataque de delirio.

—Empecemos por algo sencillo, ¿a quién vio primero cuando despertó?

Lo recuerdo perfectamente. Desperté en la cama de un hospital, con el rostro cargado de emoción de Rick, mi editor. Desesperado por contarme que había conseguido el millón de ventas a nivel nacional. Estaba muy aturdida, sin saber si aquello estaba siendo provocado por mi imaginación nuevamente, pero no era así, cuando lo comprendí inmediatamente le pregunté cómo era eso posible si días atrás me había comentado que había sacado “Vanidad” del mercado. Rick me confesó que no había obedecido la orden del director, y él distraído como estaba con la salud de su madre no había notado su desacato. Le dije que lo único que quería entonces era descansar, y olvidarme del bendito libro que había traído tanta destrucción a mi vida.

Le cuento todo eso a mí psiquiatra y este hace un asentimiento con la cabeza, aceptando mi respuesta.

— ¿En los días que prosiguieron pudo recuperar algo de información acerca de lo que pasó en ese sótano?

—No lo hice por mí misma pero las enfermeras y el detective Gapson me ayudaron a aclarar un poco de mis recuerdos. Llegué al hospital aquel 15 de octubre para

visitar a la enfermera de las uñas carmín, cuando me dijeron que no podía pasar a verla perdí el control, intente entrar en su habitación a la fuerza, llegó seguridad, y con ayuda de la enfermera me llevaron a una sala apartada del bullicio, intentaron calmarme y al ver mi estado físico consideraron conveniente inyectarme un tranquilizante, parecía que no hubiera dormido hacía días y como causa de ello actuaba con irritabilidad. Cada quien retomó sus tareas esperando que yo despertara pero cuando la enfermera regresó, horas después, encontraron que yo ya me había marchado. Lo siguiente que supieron era que estaba desaparecida, mis vecinas no me habían visto desde hacía tres días. La última

persona con la que hablé fue con el detective Gapson, él fue el encargado de buscarme.

— ¿Qué fue lo que los llevo al sótano del hospital de la Dulce Esperanza?

Rememoro lo que el detective Gapson me relató una vez estuve consciente. Los encargados de limpieza habían estado escuchando ruidos extraños hacía unos días, creyentes en que eran solo roedores lo había dejado pasar, pero cuando Gapson se apareció en el hospital consciente de que aquel era el último lugar donde alguien me había visto, tuvieron el suficiente sentido común como para decírselos.

Lo siguiente que me contó es que me encontró en el sótano, desmayada, en medio de convulsiones nerviosas.

—Ahora dime, Beatrice. ¿Qué fue lo que pasó en ese sótano?

Le cuento todo aquello que mi cerebro inventó, el ataque animal, la aparición de mi madre del futuro en la cocina, la llamada fantasma a William luego de conversar con mi hija del pasado, y por último el intento de homicidio en el consultorio del doctor Richard, con William como ayudante.

— ¿Cómo es que mi mente pudo inventar tales cosas, doctor?

—Es una de las etapas efectivas de la enfermedad, técnicamente se le conoce como: Etapa Psicótica Florida, es cuando las alucinaciones y los delirios aparecen. Estas son experiencias sensoriales que se originan dentro del

cerebro, los pacientes con esquizofrenia pueden tener alucinaciones que van desde el sentido auditivo —es decir, escuchar voces que muchas veces pueden intentar que haga algo malo en contra de los demás o de sí mismo— hasta las alucinaciones visuales —donde ven cosas que las demás personas no perciben, incluso pueden aparecer fantasmas del pasado—. Esta etapa se desata cuando el paciente está bajo mucho estrés.

Lo que el doctor me explica me aclara muchas cosas de las que no estaba muy segura. Sin duda la presión de tener que lidiar con la culpa de los asesinatos, la desaprobación de las personas y la custodia de Lizzy, me pasaron factura. Y el precio fue bastante alto.

— ¿Afecta la enfermedad las relaciones de los pacientes que la padecen? —le preguntó de repente.

Necesito saberlo, necesito comprobar si es que aquel mal que he cargado por tanto tiempo sin saberlo es el culpable de que haya perdido a todas las personas en mi vida.

—No necesariamente. Pero en la etapa pre psicótica el paciente puede experimentar lo que llamamos “anhedonia”, es decir una incapacidad para sentir placer por ciertas actividades, incluyendo la vida en pareja dado que afecta las emociones y produce depresión.

Solo puedo imaginar lo que hubiera significado haberlo sabido antes, antes de que todo en mi vida se viniera abajo. ¿Hubiera tenido la oportunidad de hacer una diferencia?

— ¿Cómo es que no me di cuenta antes? —Me reprocho en voz alta— Siempre he creído que todos mis demonios eran causados por Gretel, mi madre, sin embargo, hay demonios inherentes a mí misma, demonios que no se me dio la oportunidad de vencer.

Mi voz suena abatida. He estado internada por dos largos meses. Intentando recuperar mis recuerdos, pero hasta ahora me doy cuenta que hay cosas que es mejor olvidar, que hay momentos en la vida en los que el pasado es demasiado doloroso como para recordarlo, en los que es mejor pensar en el futuro y en todo lo que ello conlleva.

Es como si me liberara de una pesada carga de repente, como si flotara en el universo de posibilidades que acabo de abrir para mí misma.

El doctor Christopher me consuela en silencio, colocando sus delgados dedos sobre lo míos para luego romper el silencio y decir: —No hay porque reprocharse. Hay pacientes que no se enteran de que padecen esta enfermedad hasta cuando están por morir a causa de ella, hasta que han perdido a todas las personas en su vida. Usted tiene una hija pequeña, una niña que no ha dejado de visitarla cada semana. Saldrá de aquí y podrá rehacer su vida, quizás necesite de medicamentos y asesoría por el resto de su vida, pero eso no es final, es solo el comienzo.

Acepto el consejo y disfruto del reconforte, muy pocas veces en mi vida me he dejado ser consolada, pero este es el momento idóneo para hacerlo. Porque en cuando atravieso la puerta del consultorio encuentro a una niña feliz corriendo hacia mis brazos, se entonces que debo esforzarme por ser la mejor versión de mi misma que se me permite ser.

— ¡Oh, cariño! ¡Cuánto te eché de menos!

Presiono mis brazos a su alrededor con más fuerza y olfateo su sedoso cabello. Siento su pequeño e inocente corazón latiendo contra el mío, recomponiendo todas las tragedias de mis días encerrada.

— ¡Mami, escribí mi primer cuento!,
¿quieres escucharlo? Su entusiasmo me contagia. Su sonrisa, es mi sonrisa.

—Claro, cariño. En cuanto lleguemos a casa.

Tomo su mano y nos conducimos juntas por el pasillo. Me detengo en recepción para coger mis cosas. Hoy es el día en que me libero, el día en que combato a mis demonios para salir victoriosa.

— ¿Con quién viniste, cariño?

Lizzy no tiene que responder porque apenas llegamos al estacionamiento lo sé. De pie al lado de un elegante Ferrari rojo, se encuentra un hombre, con el rostro cubierto por un ramo de rosas.

—Bienvenida de vuelta —Me dice entregándome las rosas.

William tiene los ojos perdidos en los míos, y sonrío en cuanto los mira. Desde que mi tratamiento comenzó a surtir efecto comencé a notar cosas que antes no hacía, como el color en las paredes, la belleza de los sonidos, el delicioso sabor de las frutas, y ahora noto algo en la mirada de William que solía pasar desapercibido. Distingo lo mucho que me ama.

—No tenías por qué.

—Sí que tenía, Beatrice, desearía que pudiésemos hablar. Ambos miramos hacia Lizzy y ella lo adivina sin que siquiera lo digamos.

—Está bien, entraré en el auto.

Sonríó mientras regreso mi atención al apuesto hombre que tengo en frente. Trae un traje gris, los zapatos negros perfectamente lustrados y una corbata azul colgada al cuello.

— ¿Qué quieres decirme?

Puedo notar que para él es difícil sincerarse de ese modo, pero ¿para quién no lo es?

Su mirada se pierde en mis zapatos y me siento avergonzada de no ir vestida para la ocasión. Debo lucir enferma y demacrada todavía.

—Sé que es algo tarde para esto pero quisiera pedirte que salieras conmigo.

Mis oídos no terminan de creerse lo que oyen, es esta la invitación oficial que he estado esperando por una tercera parte de mi vida.

No comprendo cómo es que él se ha decidido por fin, pero cualquiera que sea la razón, la acepto y agradezco.

Luego de 10 años tendré una cita con William Davis, con mi adorado Will.

— ¿Qué dices Beatrice?,
¿saldrías conmigo? Ladeo la cabeza, olfateo las rosas y afirmo.

— ¿Qué te parece una cena en mi casa?

— ¿Con Lizzy?

Elevo una ceja, insegura en si aquello representa un impedimento para sus intenciones.

—Suenan perfecto —Termina por decir.

William es muy cortés cuando me abre la puerta de su auto y me invita a entrar. Él toma el asiento del conductor, se acomoda la corbata en el espejo retrovisor y pone el auto en marcha.

La voz de Lizzy parloteando resuena en todo el camino a casa.

Fue una agradable cena, con un hombre, una mujer y una niña. Luce como si tuviera una familia, o por lo menos esté en camino a conseguir una.

En medio de la cena Lizzy regresa al auto para traer consigo el postre que preparó en casa de su padre, con la ayuda de Katy, quien al parecer se ha mudado

a casa de Paul con su madre. La noticia no hace más que causarme dicha, no sé si se debe a los antidepresivos o mi nueva forma de pensar, pero estoy cargada de optimismo.

— ¿Quieres un poco de vino? —Le ofrezco.

—Claro.

Acepta William. Me levanto, tomo la botella que guardo bajo el lavavajillas y sirvo una copa para ambos. El silencio es agradable y pacífico, como una playa sin olas para los bañistas.

Aprovecho que estamos solos para preguntar.

— ¿Por qué decidiste hacer esto?

No tengo necesidad de preguntarlo de nuevo antes de que responda.

—Me puse a pensar en lo que importa en mi vida, y eso incluyo a las personas que siempre han formado parte de ella. No pude pensar en alguien más importante que tú — Sus palabras afectan mi quietud, a tal punto de que el corazón se me acelera en el pecho—. Quieras o no he estado siempre contigo Bea, compartiendo miradas furtivas en clase, asistiendo al funeral de tu madre, como testigo en tu boda con mi hermano, en el nacimiento de Lizzy, en tu separación. Cuando recuerdo el pasado e imagino el futuro siempre estás en él.

Me siento bastante satisfecha con su respuesta, así que me dejo llevar por el momento y disfruto de las sensaciones que sentirme amada me producen.

— ¿No te importa que esté dañada, física y mentalmente?

—Me importa, pero no es algo que me detenga —Sus ojos, antes fríos, lucen tentadoramente cálidos cuando me miran—. Quiero ser tu apoyo.

Sonrío.

—Eso es todo lo que necesito —Digo para cerrar el trato. Golpeamos nuestras copas y brindamos por el futuro que nos espera.

Más tarde llevo a Lizzy a la cama para que me narre su cuento. Ella da saltos alegres sobre el colchón, no me atrevo a regañarla por lo mucho que verla me hace dichosa. Cuando por fin se calma se deja caer a mi lado, abre su cuaderno y comienza la lectura:

“Esta es la historia de un superhéroe que pasó de ser un ratón ladrón con una adicción por el queso a el salvador de una villa de los ratones hambrientos: La villa de los ratonsuelos...”

No puedo evitar soltar una risa con aquello. Lizzy me manda callar de inmediato.

“El nombre del ratón era Timothy, y hoy aprendería una valiosa lección. Es mejor hacer queso para quitar el hambre a los pobres, que envidiar la abundancia de queso de los ricos. ...”

Mientras sigue las letras que ha escrito sonrío maravillada por la capacidad de Lizzy en tomar una lección aprendida en su vida y plasmarla en una historia. Aquello es algo que yo nunca pude hacer, siempre me resulto más fácil escribir acerca de mis demonios. Por dentro me lleno de alivio, quizás en un futuro ella se convierta en una escritora como yo, pero en lugar de crear asesinos ella creará superhéroes.

EPÍLOGO

Rick Manson era un reconocido editor en el mundo literario. Había comenzado su carrera como periodista de una revista política local, con el tiempo había enseñado en la universidad pública de Colorado, estudiado una maestría en marketing y se había enamorado de las letras. Fue solo con el paso de los años que se concentró en su verdadera pasión, los libros.

Ingresa como editor en “Letras Rojas” y en solo un año de trabajo le dio a la editorial cuatro Best Seller. Poseía una percepción especial para descubrir en potencial en escritores novatos, reconocía un buen libro con solo leer un par de páginas y apostaba todo cuando lo conquistaban.

Quizás apostaba demasiado.

Pero toda época exitosa tiene sus baches, los suyos tuvieron lugar en los primeros meses del 2017, no había vendido más de 200 libros, y sus grandes descubrimientos estaban quedando en el olvido. Necesitaba desesperadamente encontrar una nueva joya.

Una tarde de primavera se aproximó a la primaria donde asistía su nieta para llevarla a casa, en el camino vio a una mujer sentada en un parque cerca a la escuela, concentrada en escribir algo en su cuaderno. Escribía y arrancaba hojas por doquier, dejando que estas bailaran con el viento. Se detuvo en frente de ella, había algo que

le atraía de su forma de escribir, no sabía si era la precisión con que presionaba el bolígrafo o el aura de nostalgia y dolor que se cernía a su alrededor mientras dejaba las palabras brotar de ella. Esperó a que la mujer se levantara para abordarla. No necesito hablar con ella por más de dos minutos para saber que acababa de encontrar a su próxima heroína literaria.

Al principio la obra no tenía las ventas esperadas, había otro libro que acababa de salir al mercado, escrito por la mismísima Oprah, era muy difícil competir contra ello, en especial por el público hacia el cual estaba dirigido. Tuvo que pagarle a una mujer en una librería para que comprara el libro y hablara de lo bueno que era a sus amigas de su club de lectura. Pero en cuanto la obra comenzó a circular en aquel grupo de mujeres, los buenos comentarios se fueron expandiendo y la obra comenzó su despegue. En solo dos semanas “Vanidad” había obtenido una cantidad de 300 ejemplares vendidos solo en la ciudad. Beatrice estaba orgullosa de ello, era una deliciosa probada de la fama, en especial para una simple ama de casa, pero para Rick no era suficiente, debía dar el siguiente gran salto o sabía que las ventas se quedarían estancadas. Tenía que poner en marcha alguna brillante estrategia, era su última oportunidad para recuperar su reputación.

Sus colegas ejercían una fuerte presión, él ya no era la mente joven que solía ser y comenzaba a sufrir las consecuencias, cada vez contrataban más editores jóvenes, con nuevas y frescas ideas. El director de la editorial comenzaba a ver su visión de publicidad como “anticuada” y “fuera de moda”, Rick nunca creyó en las redes sociales ni en el poder que estas ejercían en la publicidad, en especial porque aquel era un libro dirigido a las mujeres entre los 30 y 45 años, no creían que ellas

basaran sus elecciones literarias en lo que Facebook les recomendara. Él tenía que ir más allá, tenía que lograr que la obra cause un impacto, que todo el mundo hable de ella. Podía llevar la historia a la pantalla grande, pero aquello costaría mucho más dinero del que obtendría como retorno.

Por suerte la publicidad perfecta vino a su mente. No necesita banners, ni películas, la historia cobraría vida pero no en una pantalla grande, lo haría en la vida real.

El sobrino de Rick era cirujano, Morris era su nombre, un chico con un trastorno social que venía desde la infancia. Rick siempre había sido su modelo a seguir, Morris no tenía un padre y él había sido la única figura paterna en su vida. No había nada que Morris no haría por él, incluso manchar sus guantes quirúrgicos con sangre.

Rick había tenido mucho cuidado en no parecer sospechoso, incluso había asegurado a la policía que sacaría el libro del mercado como respeto por las muertes. Se había asegurado de que los homicidios se llevaran a cabo en distintos consultorios de la ciudad. La rutina consistía en averiguar los horarios de turno, dejar fuera a las enfermeras y doctores que realizarían la última cirugía ese día y trasladar el cuerpo sin vida de las mujeres usando pasamontañas y botas sin huellas.

No había testigos con vida aparte de la enfermera Jenner, ella había presenciado uno de los asesinatos como una de las enfermeras de turno en el consultorio privado del doctor Richard. Se suponía que esa noche recibiría una llamada de emergencia de parte de su hijo pero no habían tenido en cuenta que lloviera ese día y que la enfermera decidiera regresar al consultorio para tomar su abrigo, antes de correr a casa para atender a su hijo herido. Entró en el consultorio cuando Morris se disponía a abrir el cuerpo de la segunda víctima. Aterrada huyó del consultorio.

Morris pensaba que daría su declaración al día siguiente pero aquello no pasó, estaba demasiado aterrada como para hacerlo.

Rick y Morris lo hubieran dejado pasar si la enfermera Jenner no hubiese sido la encargada de atender a Beatrice luego de su operación, era demasiado riesgoso permitir que ellas dos convivieran, era solo cuestión de tiempo

para que la enfermera descubriera que ella era la autora del libro que ocasionó los asesinatos y le contara lo que vio aquella noche. La secuestraron esa noche, encerrándola en el sótano del hospital, cortaron su pecho y la echaron al basurero para que muriera desangrada. Sin embargo Jenner no murió, quedó en estado crítico pero su corazón todavía palpitaba. Rick no había dormido desde entonces, pensando en que podía despertar y acusarlos en cualquier momento, aunque sabía que era imposible que los hubiese distinguido a causa del shock, una pista conducía a otra.

Jenner se negó a declarar desde que despertó de cuidados intensivos, tomó el hecho de que tuviera un agujero en el pecho como una advertencia y nunca más regresó al consultorio.

Ahora, tres meses después los asesinatos habían tenido el impacto esperado, en la popularidad de la obra, en la carrera de Rick, y en las ventas. No podía pedirle más a la vida, excepto un próximo gran éxito.

Rick tomó el teléfono al enterarse de que Beatrice acaba de haber sido dada de alta. La mujer le agradaba, era su gallina de los huevos de oro.

— ¿Rick?

—Beatrice —la saluda—. Cuéntame, ¿Cómo va todo?

—Excelente. Estoy siguiendo mi tratamiento al pie de la letra, y sigo con las sesiones tres veces por semana. Me siento como nunca antes me había sentido, como una persona con toda la vida en orden.

Rick finge que todo aquello le es de interés, aunque bien sabe que lo que pase con su vida le tiene sin cuidado.

—Me alegro mucho por mi estrella. Ahora dime, ¿cómo va el proceso de escritura?

— ¿De qué hablas?

—Ya sabes, me hablaste de que trabajabas en una nueva obra hace unas semanas, sobre una madre que intenta proteger a su hija en malos pasos creando un programa para asesinos en serie.

Hay un silencio abrumador luego del comentario. Rick no está preparado para lo que escucha a continuación.

—Lo siento Rick, creí que te lo había dicho.

— ¿Decirme qué?

—Abandoné la obra para centrarme en mi familia y en mi tratamiento.

— ¿Qué dices?, ¿dejarás la literatura?

—No pienso que puedas dejar la literatura, es algo que siempre formará parte de mi vida. Pero por ahora tengo mucho en que trabajar como para añadirme más carga pesada a los hombros, además no pienso tener la suficiente capacidad como para crear una nueva obra en este momento. Creo que ya dije lo que tenía que decir y tendrá que pasar mucho tiempo para que vuelva a necesitar de lápiz y papel.

Rick aparta el auricular y respira profundo antes de responder a ello.

—Vaya, es una lástima perder a una autora como tú.

—Pero ya sabes lo que dicen, por cada puerta cerrada se abren dos ventanas.

Espera un momento Rick...

Beatrice se apara el auricular, Rick la oye reír desde el otro lado de la línea, distingue una voz masculina a su lado y sabe que no hay mucho que pueda hacer ahora para hacerla cambiar de opinión.

—Gracias por el apoyo, espero consigas una mejor estrella —Le dice Bea pretendiendo acabar con la conversación.

Rick muere de ganas por reprocharle, ¿imagina acaso Beatrice todo lo que él ha tenido que hacer por su mediocre carrera?

—Será difícil pero lo intentaré.

Apenas cuelga Rick forma un puño con la mano con el que golpea el escritorio frente a él, haciendo que uno de los manuscritos que evalúa caiga al piso. Concentra su atención en el escrito, desde que Beatrice le comentó sobre su nueva obra no le ha prestado la mínima atención a las nuevas obras que han llegado a su oficina, sin embargo esta vez tiene un presentimiento. Coge el escrito y comienza a leer...

“Soy la diosa de mi propio poderío. La dueña y señora de un pequeño imperio. En mi salón de clases nadie es más poderoso que yo, y lo que dictamino no son simples lecciones... Son los más atroces mandatos”

Es una historia sobre una maestra asesina, que les enseña a sus alumnos como cometer el homicidio perfecto.

Rick queda fascinado con las primeras dos páginas.

“Muy bien”, se dice. “Esto podría funcionar”

Rick sonríe para sí mismo conforme pasa las páginas, aquello es brillante.

Una ventana acaba de ser abierta frente a sus ojos y por suerte, conoce a una maestra que har a lo que fuese por su viejo amante.